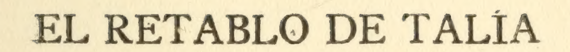

3 1761 09373114 9



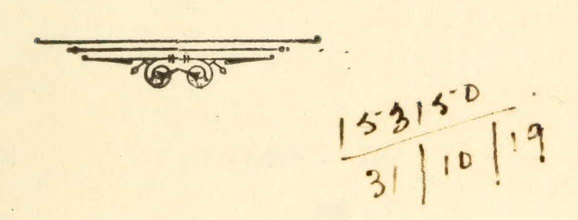




EL RETABLO DE TALÍA

LUIS URIARTE

EL RETABLO DE TALÍA



PREFACIO DE ANTONIO ZOZAYA

Imprenta Española, Olivar, 8, Madrid.

A mi madre



PREFACIO

A GUISA DE LIENZO DEL RETABLO

Al comenzar este breve prefacio, os digo: —Ved un escritor nuevo. Y vosotros, lectores pacientes, me preguntaréis:—Pero ¿es verdad que hay en el orbe un escritor nuevo? Y yo os contesto:—Sí; queda uno; se llama Uriarte; es joven, ilustrado, animoso y lleva en la frente el sello de los elegidos. Su libro es sencillamente precioso. Leedlo.

Además, escritor nuevo no lo es cualquiera. No basta saber coordinar palabras y aún ideas vulgares; no es suficiente emborronar cuartillas y darlas a la imprenta para ser escritor, y menos nuevo. Es menester tener personalidad, saber expresar la belleza, ser hijo de su tiempo,

aportar algo propio al acervo de nuestra literatura. La tarea es difícil y, por eso, ¡cuán pocos autores nuevos encontramos entre tantos modernos grafómanos! Pues bien, Uriarte es un escritor nuevo y, además, un escritor bueno. Su libro tiene derecho a ser prologado por una firma ilustre. Lo que hay es que Uriarte prefiere la amistad a la admiración y antes que a un literato insigne ha acudido a un amigo modesto para que le escriba las frases de ritual. «Necesito, me ha dicho, unas cuantas cuartillas.» Y, sin vacilar, le he contestado: «Yo se las haré a usted.»

Y ahora veo que mi tarea es muy difícil. Juzgar a un autor por sus primeros escritos es tan aventurado como lo son todos los pronósticos; se puede decir que el libro es admirable, que el autor tiene mucho talento; pero definir su personalidad literaria no pasaría de ser un juicio aventurado y prematuro. Sin embargo, ¿qué

son estos prefacios sino una especie de presentación al lector? Pues bien, lector; yo no sé cuál será la personalidad literaria del autor de estas bellas páginas que vas a leer. Sé que vale mucho, que su libro habrá de deleitarte; pero su individualidad es tan compleja, sus aptitudes tan varias, que no sé si te presento a un cronista, a un autor dramático, a un novelista o a un psicólogo. Estoy en el caso de un pariente que presentase a un escolar que hubiera alcanzado los diplomas de todas las asignaturas de primer año. Literatura, historia, matemáticas, fisiología, todos los ramos del saber humano habían sido para su luminosa inteligencia campo propicio. Pero ¿diría del escolar que era un futuro médico, o un ingeniero en ciernes, o un académico en promesa, o un investigador emérito? Se limitaría a balbucir: «Aquí tienen ustedes a un muchacho que es la perla del Instituto: todo lo sabe: todo lo hace bien: lo mismo resuelve una ecuación que construye una oración de segunda de activa; igual dibuja un

mapa que maneja la tabla de logaritmos. ¡Diablo de chico!

Y eso te digo yo, lector: ¡Diablo de Uriarte! Tiene aptitudes para todo: para el libro, para la novela, para el teatro, para la sociología... ¡Vaya usted a saber lo que será!

Desde luego, este diablo tiene más de Asmodeo que de Mefistófeles. Es una especialidad en levantar tejados, descubrir viviendas, sorprender tipos y avizorar escenas. Para él no hay secretos, ni en la reconditez de las viviendas, ni en la profundidad de las almas. Con sus dos décadas de primaveras, tiene la perspicacia de un viejo Plutarco. Cuando habla con un personaje empingorotado, ya puede éste adoptar la postura que le parezca más conveniente, fingir la expresión que tenga mejor estudiada, hilvanar las frases que considere más artificiosas; Asmodeo Uriarte, inmediatamente, formará su composición de lugar: «Tú eres esto; tú, lo

otro; tú, lo de más allá.» Y sacará su alma, monda y lironda, a la vergüenza, con todas sus virtudes y sus deméritos, sus vanidades y sus flaquezas. Después de oír religiosamente a su interlocutor, cuando éste cree haber satisfecho su orgullo, Uriarte le hace una cándida pregunta y lo deja pegado a la pared. Aquí en Madrid, en donde hay dos maestros en el género, cuya grandeza sobrecoge, *Parmeno* y *El caballero audaz*, es decir, Pinillos y José María Carretero, todavía sorprende Uriarte. Su misma infantilidad es un nuevo peligro. No hay manera de disimular ante él un *tranquillo* moral o de elocución. Es como esos niños terribles que acarician al visitante y, a vuelta de ingeniosidades, acaban por hacerle una observación inocente que lo pone, sencillamente, en evidencia.

Uriarte tiene el don psicológico, ese que no se adquiere. Se nace Wundt o Ribot o Mantegazza, como se nace Rafael o Tiziano. Y Uriarte ha nacido observador. Además—y per-

done la comparación—, como los perros de caza y como Rodríguez Correa, tiene *muestra*; olfatea el verdadero mérito y lo descubre; pero, para ello, ¡cuántas veces pone de manifiesto el de similor! ¡Alto! Aquí se oye el vuelo de una perdiz. Pues no, señor, que es una avutarda. Por allá mueve el matorral una liebre. ¡Caramba! ¡Pues es nada más que una comadreja! Y así, a trueque de encontrar bellísimas piezas cinegéticas, se harta de descubrir sapos, alimañas y toda clase de deformidades del género zoológico.

¿Quién puede negar sus excelentes dotes de comediógrafo? Dialoga con pasmosa facilidad; halla las situaciones con la maestría de los más insignes dramaturgos; prepara los finales como los maestros de los grandes efectos teatrales. No hay duda que puede ser un autor, con el tiempo, de los que cobran pingües trimestres. Y, junto a la nota cómica, sabe hallar la expresión honda, clara, sentida, doliente a veces, que únicamente es dado encontrar a los verdaderos artistas.

También puede ser novelista, porque describe bien y en la más nimia conversación sabe hallar el asunto y la nota humana; del mismo modo puede ser un cronista, porque su juicio propio flota sobre todo lo externo, prestando a sus escritos una personalidad vigorosa y fecunda. Puede ser... pero ¿qué sé yo lo que puede ser este diablejo enredador? Lo más cuerdo es presentarlo diciendo que puede serlo todo, que es de mucho cuidado y que, con toda su malicia, es un alma de Dios. ¡Oh joven Uriarte! No sé cómo, pero tú llegarás. «Tu Marcelus eris...»

Y ahora diréis que este prólogo es malo. Naturalmente. La desorientación, la duda, el embarazo, el desconocimiento de lo que se quiere estudiar, no son partes para que la obra se muestre perfecta. Agregad a esto el sincero afecto que siente el prologuista por el joven autor de este bello «Retablo de Talía», y com-

prenderéis mi torpeza. Así no queda sino formular tan fervientes como sinceros votos.

Este bueno de Maese Uriarte sabe ¡vive Dios! manejar el retablo. Llamado está a más altas empresas. ¡Quieran los cielos, en donde más altos están, que a él le den tanta gloria y pró, como a mí me han procurado sus primicias deleite, y que ello redunde, como en ley de razón ha de redundar, en bien de las letras castellanas, que nunca harto bien ponderadas sean.—Vale.

ANTONIO ZOZAYA

SERAFIN Y JOAQUIN
ALVAREZ QUINTERO

«...tenemos como sevillanos la satisfacción más íntima y pura que pudiera soñar nuestro deseo: la que nadie puede quitarnos: la de llevar y mostrar por todos los rincones de España, como quien lleva y muestra su mejor tesoro, siquiera sea un pálido reflejo de nuestra calumniada Sevilla, un puñadito de su sal, un trozo de sus calles, un rincón de sus casas, una flor de sus flores, un soplo de su ambiente, un jirón de su cielo, un rayo de su luz y un manojo de sus mujeres y de sus hombres.»

Esto dicen los hermanos Quintero en la dedicatoria de su comedia *El patio*, y a confesión de parte...

Nadie como ellos ha sabido hacer la pintura fidelísima de Sevilla. Si la montaña tiene su

monumento literario en Pereda, y la huerta, en Blasco Ibáñez, y la llanura extensa y árida, en Gabriel y Galán, los patios y las rejas lo tienen a su vez en los hermanos Quintero. Entre las más preciosas joyas de la literatura que canta el espíritu de las regiones, de los pueblos, de los rincones de España, junto a *La barraca*, por no citar más, bien puede colocarse *Las flores*.

¡Las flores! Para mí, es la comedia maestra, la obra cumbre de los hermanos Quintero. ¡Y se la patearon cuando la estrenaron!... Aunque no hubieran escrito más, ella sola sería bastante para que se les considerase como uno de los prestigios mayores de nuestro teatro contemporáneo. ¿Que quizás hablo influenciado por la pasión de la simpatía que siento hacia ellos? Quizás; pero... es el caso que no soy el único, ni mucho menos, que piensa de tal forma. Ved estas palabras de Manuel Bueno, el admirable crítico teatral, quien por cierto no suele ser muy benévolo que se diga con los hermanos Quintero: «*Las flores* es una de las obras más bellas, intensas y veraces del

teatro español contemporáneo. El subsuelo trágico del pueblo andaluz anda allí tan confundido con el garbo verbalista de la gente y los episodios grotescos se injertan con tanto acierto y oportunidad en el tronco elegíaco de la comedia, que comunican al espectador una plena sensación de realismo. Lo que ocurre en el curso de la acción nos suena a vivido; es el rumor del río que arrastra lágrimas y risas en su cauce mezquino y prosáico.»

Pues ¿y *Los Galeotes*, premiada por la Real Academia? ¿Y *El genio alegre*? ¿Y *La zagala*, y *El amor que pasa*, y *Malvaloca*, y *Puebla de las mujeres*, y cien más que sería prolijo enumerar?

Evidentemente, como diría un ateneista de esos que siempre hablan en tono dogmático y protector, esos niños son hombres de pro...

Los «niños» me recibieron en su despacho de la casa que habitan en la calle de Velázquez: un despacho amueblado con exquisito gusto y ornado por doquier con innumerables figulinas, cuadros, fotografías, objetos de arte, chucherías, curiosidades...

En sendas butacas ellos y yo en un sofá entre ambos, charlábamos indistintamente, siempre cordialmente, a veces bulliciosamente...

—Verán ustedes... En vez de hacerles preguntas, voy a ir diciendo lo que sé, y ya me avisarán si no sé lo que digo...

Asintieron con una sonrisa, y yo, girando la cabeza como un autómata, según a quién me dirigía, proseguí:

—Ustedes nacieron en Utrera: usted, Serafín, el año mil ochocientos setenta y uno, y usted, Joaquín, el setenta y tres. Estudiaron el bachillerato en Sevilla, y por aquella época estrenaron dos juguetes cómicos, titulado uno *Esgrima y amor* y otro, *Belén, 12, principal*. En Madrid, a donde vinieron en busca de mayor campo de acción, fueron empleados de Hacienda, con cuyo pesado, monótono y anodino trabajo, si que muy honrado y muy mal retribuído, alternaban la deliciosa tarea de hacer sainetes y comedias y la del periodismo. Entonces fundaron ustedes *El pobrecito hablador*, su primero y único periódico, que yo sepa...

Los dos hermanos me interrumpieron con un ademán. Serafín, más fogoso, tomó la palabra:

—No; en Sevilla hicimos otro titulado *Perecito*... ¡Cosas de chicos!

Y ya no pude continuar, porque Joaquín, levantándose, me invitó a pasar a la estancia contigua, para ver el dibujo de la cabeza que llevaba *El pobrecito hablador*.

Sentí cierto respetuoso temor, como una especie de unción religiosa, al entrar en el cuarto de trabajo de los hermanos Quintero. Siempre me pasa lo mismo en ocasiones semejantes. Es la concesión espiritual de la reverencia debida al ente superior; es el tributo de admiración al talento; es algo de curiosidad indescifrable; es, más que nada... ¡Es la envidia!

La misma nota de buen gusto en el estudio que en el despacho y los mismos innumerables detalles artísticos; tal vez mayor sencillez en los muebles, cuyo color más claro parece de propósito en consonancia con el regocijado temperamento literario de los ilustres saineteros.

El hermano mayor me mostró la colección de *El pobrecito hablador,* detallándome los caracteres del periódico y el adelanto que significó en aquella época, y volvimos al despacho, donde seguimos conversando afablemente, arrellanados ellos en las butacas y yo en el sofá...

—Cuando vinimos a Madrid—dice Serafín—, tuvimos que trabajar mucho, mucho... Estrenamos pronto, eso sí; pero no acertábamos... Eran los primeros pasos, como si dijéramos los balbuceos literarios: nuestras obras no eran más que meras imitaciones, pues andábamos de un lado para otro sin conseguir hallar nuestro sitio, sin dar con nuestro género, con nuestro estilo, con lo nuestro...

—Hasta que estrenamos *La reja* y *La buena sombra*—continuó Joaquín—, y el éxito nos hizo comprender que al fin habíamos entrado en la senda anhelada para ganar mayor gloria y provecho que con nuestros destinillos de Hacienda...

Siguieron contándome, hablando tan pronto el uno como el otro, aunque tal vez menos

a menudo y con menor amplitud el pequeño.

Serafín es más vehemente, más locuaz, más nervioso; expresa casi tanto con la mímica como con la palabra, flúida y abundante, y sus manos se mueven incesantemente, como si en ellas tuviera la clave de todos los problemas. Joaquín es más calmoso, más parco en palabras; habla con cierto énfasis, usando frecuentemente del símil, y sus manos, menos inquietas, accionan con energía en la terminación de algunos períodos, para dar más vigor a la frase.

—¿Cómo trabajan ustedes?

—Ya sabe todo el mundo—me contesta Joaquín—que nuestra personalidad literaria es una e indivisible. Unas cosas se le ocurren a uno; otras, a otro. ¿Qué más da? Y hablando, hablando, va saliendo el desarrollo de la acción, los caracteres, los tipos... Cuando ya todo está casi hecho, mi hermano coge la pluma y va trasladando al papel lo que decimos en voz alta.

—La mayoría de nuestras obras—aclara Serafín—están tomadas de la realidad: podemos

decir que casi todas son un caso de la vida... Por eso, aunque las amamos a todas como si fueran nuestros hijos, de tener alguna preferencia es por aquellas que hemos vivido más...

—¿Y les han producido mucho?

—Calculamos las ganancias en un millón y medio de pesetas, aproximadamente. A partir entre dos... Porque ahí nuestra personalidad no es indivisible.

—¿Y su hermano Pedro?

—¡Oh! Buen literato y muy entendido crítico. ¡Si él escribiera!... Pero él, sabe usted, como ya nosotros somos escritores... Pedro es generalmente nuestro primer público. ¡Eso nos vale de mucho, no crea usted que no!

—¿Y luego, en los estrenos?

—Mire usted, al principio nos daban mucho miedo, porque nos iba en ello la resolución del problema de la vida; y ahora...

—Ahora—terció Joaquín—, porque hay cosas que siempre se temen y porque, además, nuestra responsabilidad es mayor. Sin contar la satisfacción íntima que producen los aplausos, el éxito...

—Según eso...

—Nada nos apasiona como el teatro—me atajó Serafín—. ¡La creación de un personaje nos hace a los hombres acercarnos a Dios! Aparte del teatro, no tenemos afición a nada... Si acaso, a dibujar en los ratos de ocio, que son bien pocos... ¿Te acuerdas, Joaquín, cuando tú hacías caricaturas y yo dibujos al carbón, para sacar unas pesetillas que nos ayudasen a vivir?

La conversación, después de versar un rato sobre los tiempos en que los hermanos Quintero no habían hecho aún amistades ni con la fama ni con el bienestar, recayó sobre la cuestión del teatro en la actualidad.

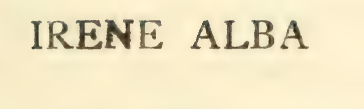
No es cosa de transcribir ahora todo lo mucho que hablamos sobre dicho tema. La opinión de los dos hermanos se puede condensar en breves palabras.

—Todo lo exagerado es censurable—decía Joaquín—, porque conduce fácilmente a lo absurdo; pero lo cómico también tiene derecho a existir, debe existir. Por lo demás, eso del imperio de las astracanadas ha venido a ser

como un grano que al principio no tiene importancia y va creciendo, creciendo, sin que le hagamos caso, hasta que ya el mal es demasiado grande y casi no tiene remedio cuando queremos curarlo...

Y Serafín corroboraba:

—Eso es: como un grano que al principio no nos molesta, sino que más bien nos agrada porque nos proporciona el placer de rascarnos...



IRENE ALBA

La gran actriz no ha querido nunca *interviús*, a pesar de que no ha faltado quien se lo ha solicitado «con recomendaciones y todo», como dice su marido. Ella no quiere que la pregunten esas cosas que se suelen preguntar en las *interviús*...

Pero yo no podía prescindir de una figura de tanto relieve como la de Irene Alba, y renuncié gustoso, con tal de conseguir mi objeto, a preguntarla nada que no tuviera relación con su vida artística. Y aun así, me costó no poco vencer sus escrúpulos de que nadie tendría derecho a molestarse, porque yo no invadiría el tan temido terreno de las intimidades, en el que tantos indiscretos habrían querido penetrar...

Y el caso es que ella me fué contando acaso más de lo que se propusiera, seguramente sin darse cuenta, y que fuí yo quien tuve que dar por terminada la entrevista, para no abusar en demasía de la amabilidad con que accedió a mis deseos.

Irene Alba me recibió en su camarín del Odeón. Sentada frente a mí, hablaba de sí misma con encantadora naturalidad, acompañando la palabra con ademanes bruscos, nerviosos, muy nerviosos...

—En muy poquitas palabras le puedo contar lo más saliente de mi vida artística. Verá usted: lo primero que hice fué un papel de angelito, en *La Pasión*... Mi hermana Leocadia y yo empezamos lo mismo: haciendo de angelitos... ¡Cuántos demonios no habrá hecho una después!

—¿Trabajó usted desde el principio como profesional?

—Mis comienzos han sido, poco más o menos, como los de todas... ¡Pero yo no sé de dónde sacan ustedes que esto puede interesar a nadie!

—Fué usted tiple cómica, ¿verdad?

—Sí, como casi todas...

—¿Con qué obra se presentó usted?

—Lo primero que hice fué *El barrio de las injurias*, de *La Gran Vía*.

—¿Y después?

—¡Ay, hijo!... ¡Cuánto pregunta usted!... Me parece que esto es ya una verdadera *interviú*...

Comprendí sus recelos y desvié la conversación, ya que no tenía imprescindible necesidad de interrogarla, sino que me bastaba con oirla contar lo que ella quisiera... Yo podría escribir luego un articulejo a base de su charla, sin necesidad de que mi trabajo tuviera un marcado carácter de *interviú*.

La Alba no tardó lo que se dice nada en tenerme pendiente de sus labios con interesantes anécdotas de su vida, de las cuales entresaco la siguiente:

—Una vez, en Buenos Aires, representando una obra muy en boga, titulada *El chiripá rojo*, me sucedió una cosa que no podré olvidar jamás. ¡Sólo de pensar en ello me dan escalofríos! Había una escena en la cual yo tenía

que dar una puñalada a un compañero... Sólo simulado, ¿eh? Pero aquella vez... Como yo soy muy nerviosa recuerdo que tenía miedo de manejar un puñal verdadero y había encargado uno de hojalata. ¡Quién me lo había de decir!... La puñalada la recibía Abelardo Lastra, y todos los días, al caer, me decía por lo bajo: «¡Ay, me muero, me muero, Irene!» ¡Me daba una rabia oirle!... Yo siempre le contestaba: «¡Cállese usted, hombre, por Dios!... ¡Vaya unas bromas que gasta usted!» Y aquella vez, el pobre Lastra cayó para no levantarse más...

Aunque yo había oído hablar ya de este trágico suceso, me impresionó grandemente oírselo contar a la protagonista, quien también parecía emocionarse al recordar aquella ocasión infortunada.

—Yo no me dí cuenta de nada, y ya estaba en mi cuarto cuando me avisaron de lo que sucedía. ¡No sabría explicarle la impresión que recibí! Al caer el telón, todos nos retiramos, y entonces, al ver que Lastra no se levantaba, se acercaron a él y... ¡estaba muerto!

Se le había reventado al infeliz una angina que tenía en el pecho... ¡Qué horror!...

Y se tapó la cara con las manos, como si tuviera delante la macabra visión.

—Y no fué sólo eso, sino que no se pudo sacar el cadáver, porque había que pasar por una sala de público, y tuvimos que hacer *La leyenda del monje* con aquel muerto al lado, entre las cajas, cubierto con una sábana... ¡No se me olvidarán fácilmente ni *El chiripá rojo* ni *La leyenda del monje!*

Hizo una pausa.

—¡Ah¡ ¡Pues verá usted lo que pasó después! Teníamos entonces tres criadas: una gallega, otra italiana y otra malagueña. Pues bien; al día siguiente se presentan por la mañana en mi dormitorio y me piden la cuenta, porque no querían servir a una mujer que había dado una puñalada a un hombre... ¿Qué le parece? Y el caso es que casi todo el mundo lo decía, y tuvimos que hacer por que se demostrara la falsedad de tal rumor y que Lastra no había muerto sino a consecuencia de una angina al pecho... ¡No me olvidaré, no!

Su marido intervino para poner al margen unos comentarios irónicos.

Ella se sonreía con más nerviosidad que de costumbre. En todo, hasta en los más mínimos detalles, parecía que se notaba algo de trágico. ¿Por qué? Realmente, no había ra-razón para ello...

La verdadera tragedia está en el mundo, en la vida misma. ¡La muerte! Eso no es más que la terminación de la tragedia de la vida humana. La muerte sólo es trágica para los que mueren, o, por lo menos, para ellos lo es más que para nadie. Para los que vivimos, la muerte resulta muchas veces una cosa muy parecida a la comedia, algo así como el entremés de risa con que se neutralizan los efectos de las piezas dramáticas...

Y, sin embargo, ¡cuán horrible temor se la tiene!



CARLOS ARNICHES

«Erase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere a buscar». Tal es el principio que los antiguos dieron a sus consejas, y así he de comenzar yo esto que no sé si es conseja, cuento, ¿fábula, historia, patraña o despropósito.

Erase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere a buscar. Digo, pues, que un payaso hipocondríaco se consumía de tristeza y de tedio, sin que nadie acertase a remediar la dolencia que amargaba y hasta destruía insensiblemente la existencia del misérrimo.

El cuento, que suele ser reputado como verdadera historia, ya es viejo de puro sabido, y no he de ser yo tan prolijo en su narración

que incurra en el enojo de quienes me leyeren.

Sépase de una vez que nuestro infeliz payaso, llamémosle Tony, a fuerza de buscar lenitivo a sus cuitas, halló a un famosísimo galeno, taumaturgo de la medicina, que se comprometió a curarle radicalmente. Nada de potingues ni de mejunjes: la enfermedad era principalmente psíquica, y el alma no admite componendas farmacopólicas.

Todos los esfuerzos del sabio resultaron infructuosos, y el espíritu de Tony siguió siendo refractario a la alegría...

Y un día, como último recurso, el médico le dijo: «Vaya usted a ver a Tony, el graciosísimo payaso que tanto hace reir a la gente. La risa es contagiosa: el regocijado Tony le curará».

¡Pobre Tony! ¡El destino se le mofaba sarcásticamente! Con qué amargura contestó, esbozando una sardónica sonrisa: «Eso es imposible, porque Tony... ¡soy yo!»

Y mientras la gente se desternillaba de risa viendo a Tony carcajadear bobaliconamente, el payaso hipocondríaco se consumía de tristeza y de tedio...

Las primeras palabras que Arniches me dirigió, después de un afable saludo, trajeron a mi memoria el caso que acabo de referir a grandes rasgos.

—Me llaman el *Rey del chiste*... ¡No deja de tener gracia! La tristeza de mi carácter contrasta rudamente con la alegría de mis obras: soy un reyezuelo cuyos chistes brotan de un temperamento asaz melancólico...

Se quedó en suspenso, como abstraído por alguna idea remota y sentimental... Su rostro, un tanto macilento por la huella de una enfermedad reciente, adquirió cierta expresión de amargura indefinible... ¿Qué pensamiento sombrío y doloroso pasaría por aquella imaginación tan apta para provocar la hilaridad ajena? Quizás el sufrimiento engendra la risa, como la risa extremada puede hacer que las lágrimas se salten de los ojos... ¡También, a veces, el dolor y el llanto degeneran en una carcajada!...

Yo no chistaba, respetando el triste mutismo del regocijante autor. A los pocos segundos, su palabra encauzó nuevamente la entrevista.

—¡El *Rey del trimestre*! Otro titulito que ya no me cuadra. ¡Soy un rey destronado! Que yo sepa, Benavente y los Quintero cobran más que yo. De rey he descendido a triunviro...

—Pero usted ha ganado muchísimo...

—¡Oh! Desde hace quince años, vengo cobrando, por lo menos, doce mil duros anuales. Yo calculo que habré ganado entre un millón y millón y medio de pesetas.

—¡Preciosa cifra!

—¡Si no fuera por mis hijos!... Yo no tengo apego al dinero, ni aún a las comodidades: igual me da vivir como vivo ahora, que como vivía cuando vine a Madrid. ¡Qué recuerdos tiene para mí aquella buhardillita!...

—¿Y qué obras le han producido más?

—¡Qué sé yo! *El santo de la Isidra, El cabo primero, El pobre Valbuena, La casa de Quirós, El amigo Melquiades...*

—¿Y cuáles son más de su gusto?

—*Las estrellas, El santo de la Isidra* y *La noche de reyes.*

Cada nombre que citaba era una evocación de popularidad. Efectivamente, pocos autores

tendrán tantas obras populares como Arniches, creador de tipos cuyas frases, cuyos «timos», dicho sea en el lenguaje del pueblo, han quedado de repertorio en el habla cotidiana y chulona de todos los españoles. Los burdos caracteres de las astracanadas, tras una vida efímera, se esfuman en la indiferencia y en el olvido. Quiere decirse que un sainete bien escrito nunca será una astracanada... Y Arniches ha producido sainetes que son verdaderos modelos del género.

Seguíamos charlando... Ahora me hablaba de su vida.

—De Alicante, mi pueblo natal, marché a Barcelona, en cuya ciudad me dediqué a dependiente de comercio. ¡Un horterilla de catorce o quince años! Mataba los ratos de ocio dándole que le das a la pluma, y conseguí escribir en *La Vanguardia*... Vine a Madrid a los diez y ocho años... Bueno; para qué le voy a contar. Diga usted lo peor de lo peor, amigo Uriarte, y no mentirá. ¡Las pasé negras, moradas, encarnadas y de todos los colores! Entonces fué cuando escribí la *Historia del*

reinado de don Alfonso XII, que me valió la cruz de Carlos III... y unas pesetejas que me vinieron como pedrada en ojo de boticario.

—¿No se tituló dicha obra *Cartilla y cuaderno de lectura*?

—No; el verdadero título fué *Trazos de un reinado.* Fué una obra hecha para que el Rey aprendiese a leer. Al poco tiempo de aquello, escribí, con Gonzalo Cantó, *La casa editorial*, que estrenamos después de peregrinar de teatro en teatro y obtuvo un gran éxito; luego, con el mismo, hice la titulada *Ortografía*, primera obra mía que musicó Chapí; más adelante me presenté en Apolo con *La leyenda del monje*... ¡y siga usted sumando! Ahora escribo solo; pero he colaborado, además del mencionado, con López Silva Celso Lucio, Jakson Veyan, Fernández Shaw, García Alvarez...

—¿Cómo trabaja usted?

—Una vez concebido el argumento, lo escribo en forma narrativa, como si me lo contase a mí mismo, y después lo voy dialogando. Mi tablero mesita, mis tacos de cuartillas, mi saca puntas, mis lapiceros... ¿Le sorprende?

Es que yo soy muy nervioso y, desde una enfermedad que tuve, no puedo escribir a pluma; tengo que servirme de lapiceros muy afilados, de los cuales preparo seis o siete de antemano, y cuando se rompe la punta de uno, cojo otro, y así hasta que se termina la de todos, y los vuelvo a sacar punta, y otra vez a empezar... ¡Hay que acostumbrarse a sacar punta a las cosas!...

—Le asustarán un poquillo los estrenos, ¿eh?

—¡Calle usted, hombre! Me voy a pasear lejos del teatro, porque le digo que eso es fatal. Cuando *El amigo Melquiades*, yo estaba en la Castellana; un chico me llevó el aviso: «Don Carlos, que ya está terminando la representación... ¡Un éxito loco!...» Pesqué a correr y llegué al teatro echando los bofes, jadeante, cuando caía el telón... Salí a recibir los aplausos sin poder ni respirar...

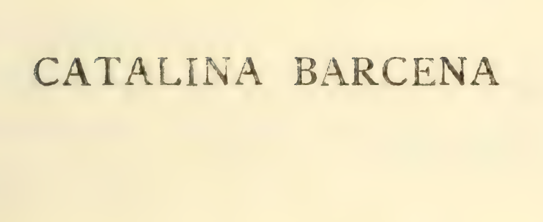
—Bueno, don Carlos; dígame usted, para que yo lo cuente, algo de sus aficiones...

—¿Mis aficiones? ¡Si no tengo afición a nada!... ¡Si le digo que soy un raro!... Yo hubie-

ra tenido afición a la caza; pero... Verá usted: una vez, con mi escopeta, mi permiso de caza y bien pertrechado de municiones, me fuí al monte; sale un conejo, me echo la escopeta a la cara y, ¡pum!, tiro y le hiero; quedó pateando entre unas zarzas, y a mí me daba pena cogerlo; por fin, lo agarro de las patas y me lo llevo; pero, cada vez que pateaba, yo lo tiraba al suelo... ¡Pobre animalito!... Para que no padeciera, yo quería rematarlo y le daba golpes en la cabeza; pero se los daba despacito, porque me inspiraba mucha lástima y no me atrevía a darle fuerte... ¡Qué crueldad!... Aquel conejo quedó abandonado en el campo, y yo no volví a cazar... ¡Si le digo que soy un romántico, un sentimental!...

Arniches tornó a ensimismarse...

Y yo a rememorar la historia de Tony, el payaso hipocondríaco...



CATALINA BARCENA

Martínez Sierra me condujo hasta el camarín de la gran actriz...

—Siéntese usted... Tendremos que esperar un momentito... Ya estará terminando de vestirse...

Apenas habíamos entablado la conversación, sobre cosas indiferentes, cuando le pasaron un aviso al insigne autor.

—Dispénseme un instante... En seguida soy con usted.

Mientras permanecí solo, entretuve la espera examinando detenidamente, con curiosidad periodística, el coquetón camarín, de cuyas paredes, tapizadas de seda roja, pendían varios retratos de Catalina Bárcena en diferentes personajes, dos o tres obras de arte pic-

4

tórico y alguna que otra figurilla de Talavera, a modo de amuleto... Entre innumerables detalles de gusto delicadísimo, doce cojines, forrados con telas de chillones colorines y brocados fastuosos, parecían como un canto gentílico de sibaritismo...

No más de diez minutos habrían transcurrido cuando se presentó la Bárcena, como una deliciosa visión, vestida con el inmaculado hábito de doña Inés de Ulloa...

—Usted perdone... Ya se ve, todavía no he podido ponerme las tocas...

¿Y para qué? Las tocas monjiles hubieran encubierto los encantos de aquella cabecita de muñeca, de capricho parisién, y hubieran matado el seductor contraste que ofrecía, como de cosa mundana sobre cosa ultraterrenal, como de tentación al pecado sobre sayo de ascetismo...

Catalina Bárcena está lejos de ser lo que se dice una belleza imponderable; pero tiene, por su simpatía y por el agradable conjunto físico de su persona, ese irresistible atractivo de las mujeres que saben dar la verdadera

sensación de lo femenino. En la intimidad, es la misma ingenua que nadie ha conseguido superar en el escenario, la misma criatura con aire de angelical resignación, que habla candorosamente de lo divino y de lo humano, del amor y de las malas pasiones, de política, de arte y de todas esas bagatelas frívolas que constituyen la idiosincrasia de cualquiera mujer...

Sentada frente a mí, en un sillón de antiguo estilo español, me narró a grandes rasgos su vida:

—Yo nací en Cienfuegos, en Cuba, de donde vine a España, por causa de la guerra, cuando aún no había llegado a tener uso de razón. Mi niñez no le interesará... Empecé a trabajar... ¡Oh! ¡Si casi no recuerdo!... ¿Qué edad tendría yo entonces? Me parece que unos quince años. Puede decirse que yo me dediqué al teatro por culpa de mi hermana mayor. ¡Como ella también era del oficio!... Ingresé en la compañía de la Guerrero...

—¿No trabajó usted antes como aficionada?—la interrumpí.

—Sí, algo... Y en aquella sociedad Echegaray... ¡Obligada siempre! De la Princesa, pasé a Lara. Y de Lara, a Eslava. ¡Y se acabó! Ya ve usted que mi historia no puede ser más corta. ¿A quién puede interesar?

En aquel punto, Martínez Sierra se asomó a la puerta del camarín; pero excusó la invitación de pasar, con correcta discreción, a vernos ya enfrascados en el coloquio.

Interrumpido incidentalmente, lo reanudé iniciando el interrogatorio que viene a ser como de ritual:

—¿Qué género teatral prefiere usted, Catalina?

—¡Hombre! Yo...

—Artísticamente, usted ha evolucionado, y ahora parece que lo dramático...

—Sí, eso es lo que me gusta más.

—Y dentro del género, ¿qué obra?

Sonriéndose graciosamente:

—Un poco de cada cosa...

—¿Y autor?

Esta vez se limitó a sonreirse.

—¿No tiene usted preferencias por nadie—insistí—, o no le gusta manifestarlas?

—Un poco de cada cosa...—repitió.

Y, tras una breve pausa, durante la cual permaneció pensativa, añadió:

—Además, casi no puedo hacer más que lo de Martínez Sierra... Alguna que otra cosilla, como el año pasado lo de *Margarita la Tanagra*...

—¿No va usted a estrenar ahora una comedia de Benavente?

—Sí, la esperamos, la esperamos...

Y se quedó meditabunda, como si mentalmente inquiriera las causas del aludido aislamiento...

No tardó en desechar su momentáneo ceño.

—¡Bah! No hablemos de esto, que es peor meneallo. ¿Qué más desea saber?

—¿Cuándo y cómo estudia usted?

—¡Oh! No tengo norma fija... Cuando puedo y como puedo.

—¿Cuánto ha ganado en el teatro?

—Mucho más de lo que yo merezco; pero entre vestidos, y sombreros, y cosas de la casa, y chucherías, y subsistencias... ¡Saque usted la cuenta!

—¿Qué proyectos tiene usted?

—Yo no proyecto nunca nada... Por ahora, continuar en Eslava; después... Ya le digo: yo no proyecto nunca nada... ¿Quién sabe lo que ha de suceder?

—¿Y qué me dice usted de sus aficiones, Catalina?

—¿De qué aficiones?

—De las que usted pueda tener: si le gustan los dulces, las galas, el campo, las carreras de caballos, los toros...

—¡Oh! ¡Eso... no! ¡Eso... no! Y no es que yo sea miedosa, sino que me dan asco las tripas de los caballos, los toros, los toreros, el público de la fiesta... ¡Todo! ¡Todo! Yo creo que los toros tienen la mayor culpa de los males de España. ¡Oh! Si los toros desaparecieran, algo mejor estaríamos, seguramente... Y el teatro no perdería nada. ¡Esa es mi afición! Cada día me gusta más; trabajo con un entusiasmo como nunca... ¡Pero los toros!... ¡Los toros!...

Y de los toros, la conversación fué a parar a la política. ¡Como en España!

¡Qué de cosas interesantes me dijo en la me-

dia hora que hablamos del maquiavelismo al uso! Como nuestras opiniones coincidían, nos olvidamos del objeto de la entrevista y nos dedicamos a la dulce tarea de hacer tiras el pellejo del prójimo... ¡Y era de ver a la religiosa novicia y al periodista discutiendo y arreglando la nación, como dos padres de la patria, en el camarín de una farandulera!

Hasta que nos dimos cuenta, y ella, trocando la seriedad en regocijo, soltó el trapo a reír con infantiles carcajadas...

—¡Por Dios!...—me suplicó—¡Que no diga usted nada de esto!... Y no haga caso de lo que ha oído. ¿Qué sé yo, infeliz mujer, de política?

Me acompañó hasta la puerta, donde me alargó la mano afectuosamente al tiempo de repetirme:

—Que no diga usted nada, ¿eh? ¡Por favor!..

Yo accedí con una inclinación de cabeza, sonriéndome...

Y me despedí de doña Inés de Ulloa, que parecía una visión deliciosa en el vano de la puerta, y salí del teatro pensando en don Juan Tenorio...



JACINTO BENAVENTE

El portentoso dramaturgo no se hizo esperar; entró en el despacho de su casa lo que se dice pisándome los talones. Al pronto, ni mis ojos le vieron, ni mis oídos le oyeron; pero yo adiviné su proximidad... Cuando me volví para saludarle, ya D. Jacinto extendía en amable actitud la mano, una de sus manos finas, pulcras, esmeradamente cuidadas...

Sentí una emoción semejante a la que nos embarga el espíritu cuando contemplamos los fenómenos y los encantos de la naturaleza, al sereno recogimiento con que admiramos las grandes obras de arte, a la inefable abstracción con que se adora una reliquia...

Con voz mimosa, un si es no es aniñada, y en términos de afable cortesía, D. Jacinto me

invitó a sentarme y a *confesarle*; tomó él a su vez asiento, y, frotándose las manos, gesto muy característico suyo, esperó.

Con su aire de suma timidez, con el aspecto pusilánime de su persona, con su postura encogida y su mirada fija constantemente en el suelo, D. Jacinto semeja un místico en olor de santidad... Mas su traje de corte a la moda no deja lugar a dudas. ¡Nadie creería en los santos—buenos están los tiempos—si nos los presentaran vestidos de americana en los altares!

No parece sino que la popularidad agobia y entristece a Benavente. Cualquiera diría que aquella figurilla, tan medrosica en apariencia, tiene siempre a flor de boca una contestación rápida e incisiva, una sátira de gran agudeza, una ironía sutil...

Rompí el hielo del silencio con una pregunta inútil de puro sabida:

—¿Dónde ha nacido usted?

Benavente alzó la vista del suelo, y yo vislumbré un destello de asombro en sus pupilas.

—En Madrid, hace medio siglo.

—Sí, sí; ya lo sabía... ¿Cuándo y cómo empezó usted a escribir para el teatro?

—¡Oh! Ya no recuerdo... Sé que desde muy chico tenía gran afición: me gustaba mucho representar obras teatrales y hacía mis pinitos con la pluma. La primera comedia que estrené fué *El nido ajeno.* A decir verdad, yo hubiera preferido ser actor; pero... ¡No basta la verdadera vocación! Y yo no tengo afición a nada más que al teatro.

—¿Es verdad que trabaja usted acostado, sirviéndose de un aparato que le regaló María Guerrero?

—No; nunca. ¿Quién habrá ideado esa fantasía? El aparato a que usted se refiere es una mesita que vale para leer o escribir desde la cama; pero yo no la uso para trabajar, y cuando más, para escribir alguna tarjeta o anotar algo. Como tampoco es verdad que yo trabaje en el café... A no ser que llamen trabajar a tomar algún dato, cualquier apunte aislado...

—¿Escribe usted con facilidad?

—Pienso mucho las obras antes de comenzar a escribirlas, así es que cuando cojo la

pluma ya las tengo casi hechas; pero las pienso y las estudio bastante.

—¿Qué obra suya le gusta más?

—*Señora ama*, sí, *Señora ama.*

—Se ha traducido una parte no pequeñe de su teatro, ¿verdad?

—Sí, algunas obras mías han alcanzado ese honor, figurando en primer lugar *Los intereses creados.*

—¿Ha ganado usted mucho, D. Jacinto?

—No puedo calcular... Al principio, poco; ahora gano más.

—En total...

—No sé, no puedo calcular... Yo creo que es muy poco. *Los intereses* y *La malquerida* son las dos obras que más me han producido.

No pude saber a qué llamaba poco Benavente; pero se me antoja que tiene razón para no estar satisfecho, aunque le hubieran pagado las ediciones de sus libretos a peso de oro. ¿Qué no merecería el autor de tantas y tantas bellezas literarias?

Seguimos charlando. Benavente disculpa la perniciosa orientación de ciertos autores.

—En el teatro—me decía—abunda lo malo, pero no escasea lo bueno, afortunadamente. En todos los tiempos ha existido el mal gusto y no todos los años se producen obras geniales.

—¿Qué efecto le causan a usted los estrenos de obras suyas?

—Antaño no me daban cuidado alguno; mas hogaño me preocupan no poco, pues ya se me alcanza la mayor responsabilidad que sobre mí pesa.

—El público es justiciero. ¿Acaso estaría bien, pongo por caso, que los aficionados a toros exigieran lo mismo a *Joselito* que a una medianía taurómaca cualquiera?

D. Jacinto esbozó una sonrisa indescifrablemente irónica; y el frote suave de sus manos adquirió caracteres de fuerte restregamiento...

—Y de la guerra, ¿qué me dice usted?

—¡Qué le voy a decir que sea nuevo!... Todo el mundo sabe lo que yo pienso. Eso ya huele a puchero de enfermo.

—Sin embargo... ¿A quién aludía usted en *La ciudad alegre y confiada?*

—No, a nadie, a nadie; nada más al estado general de España...

Y dejó de frotarse las manos y su mirada quedó aún más fija en el alfombrado pavimento...

—¿Y de amores?

Benavente no pudo reprimir una mueca extraña, como de espanto a la vista de algo inesperado, ni supo disimular un conato de azoramiento infantil; pero se repuso en seguida.

—¡Oh! Tranquilidad completa... Ya se ve: estoy soltero... Y no creo que ahora me sea fácil casarme, ni pienso en ello.

—Ni es menester para... Usted me comprende: que así como se celebran matrimonios sin amor, también hay amores que no pasan por la vicaría... ¡Siquiera en sus tiempos juveniles!...

—No... Tranquilidad completa, tranquilidad completa... Y no es que yo no pueda ver a las mujeres: tengo muy buenas amigas. ¡Mejores que amigos! Ellas también me quieren mucho, y yo correspondo a su afecto.

Y añadió, como hablando consigo mismo:

—¡Tengo mejores amigas que amigos!...

Yo daba vueltas en mi mente a la última pregunta, a la más importante. ¿Qué me respondería?

—Bueno, D. Jacinto; ¿es cierto que ya no escribe usted más?

—No, no es cierto. ¿De dónde han podido sacar eso? Yo no he dicho a nadie tal cosa; diga usted que yo no se lo he dicho a nadie... Lo que sí es cierto es que no estrenaré nada por ahora, porque necesito descansar. La temporada pasada he producido tres obras y he traducido una; estoy fatigado y quiero descansar una temporada, nada más que una temporada.

—¿Tenía usted algo en preparación?

—Pues bien, sí; tenía casi mediada una obra titulada *El mal que nos hacen*, para la Xirgu, y ya concebida otra que se titulará *La Inmaculada de los Dolores*, para la Comedia.

—De modo que puedo afirmar que seguirá usted regalándonos el ánimo con la belleza de sus obras.

—Sí, puede usted asegurar que yo no pienso dejar de escribir por ahora, que yo no he dicho nunca ni a nadie tal cosa. Por otra parte, yo no soy lo suficientemente rico para poder permitirme el lujo de no trabajar, y mi oficio es emborronar cuartillas...

Ya no necesitaba saber más del eximio escritor. ¿Qué más que poder asegurar que Benavente no piensa colgar la péñola de una espetera? Y si ha de hacerlo el día que sea rico, yo pido al cielo que no tenga jamás ni dos pesetas. ¡Y que D. Jacinto me perdone!

Pero aun no ha llegado el infortunado caso de que nos veamos privados de las exquisiteces del altísimo ingenio.

—Todavía esta pluma mía tiene que hacer rabiar mucho—me ha dicho el autor de *La noche del sábado.*

Y con esta dulce promesa, bien podemos esperar alegres y confiados, hasta que vuelva el tinglado de la antigua farsa...



LA COBEÑA Y OLIVER

—Anda, empieza tú—le dijo don Federico a su esposa, cediéndole galantemente la prioridad en el uso de la palabra.

Y la Cobeña, con esa locuacidad femenina, tan simpática en quien, como ella, sabe tener buen tino para encauzarla y no desbarrar, me fué contando su vida... y la de su marido.

Oliver es parco en palabras. Amable, muy amable, eso sí; pero no divaga en las contestaciones ni responde si la pregunta no va dirigida expresamente a él. Solamente cuando me hablaba de sus tiempos de escultor, no muy lejanos aún, parecía que su verbo adquiría inusitada fogosidad y que sus ojos brillaban con extraños fulgores, como si reflejasen el entusiasmo que le irradiaba del corazón al

rememorar los días en que todavía la pluma no había sustituído al cincel... Su esposa, en cambio, se expresa con tal vivacidad, con tamaña copia de palabras, con locución tan afable, que no da casi lugar a parar mientes en la modestia y cortedad de su marido.

Según dije al principio, la Cobeña me fué contando...

—Verá usted, verá usted... Yo he nacido en Madrid. ¡Como si dijéramos en la gloria del mundo! Mi marido nació en Chipiona; pero puede decirse que es sevillano, pues vivió desde su más temprana edad en Sevilla, a cuya hermosa ciudad fué llevado cuando todavía era muy niño, muy chiquitín. ¡Madrid!... ¡Sevilla!.. ¡Lo mejorcito de España!... ¡Lo mejor del globo terráqueo!

Y su risa retozona y plena de optimismo regocijó el ambiente de la estancia en que nos encontrábamos, haciendo llegar a nuestras almas el misterioso efluvio de una sana alegría: de la alegría del vivir...

—¿...?

—¿Que cuándo y cómo empezé yo a traba-

jar? ¡A los catorce años! Ya va para largo, ¿verdad? Yo sentí desde pequeñita una inclinación irresistible hacia el teatro. ¡La escena es el amor de mis amores!... La primera función en que tomé parte fué una velada de aficionados de la Academia de Infantería de Toledo. Hice la dama de *Echar la llave.* De aquella representación salí encantada y decidida resueltamente a dedicarme al teatro. ¡Oh! ¡Mi sueño dorado consistía en ser actriz! Mi padre se oponía rotundamente; pero al fin triunfó mi afición, y ya ve usted...

Y extendió los brazos en ademán demostrativo, mirándose el traje de farandulera que vestía. Luego, entrelazó los dedos, reposó en el regazo las manos y azuzó a su marido:

—Vamos, Federico; ahora te toca a tí.

Oliver se quedó un rato en suspenso, como reconcentrando las ideas, y después habló en los siguientes o parecidos términos:

—Ante todo, he de hacer constar que yo fuí escultor. Cuando vine a Madrid, estuve dos años practicando en la escuela de pintura... Y no crea usted que me dediqué al teatro por

haber fracasado en la escultura: en la exposición de mil novecientos siete, me parece que fué en la de mil novecientos siete, obtuve una medalla de segunda clase. ¡Arte sublime el de Fidias y Praxiteles!... Para el teatro, la primera obra que hice, de cuyo nombre no me acuerdo, fué un dramita en un acto. Se lo llevé a Vico, pero no lo aceptó. Luego, estrené *La muralla*, en la Comedia... y proseguí escribiendo, con fortuna próspera unas veces y otras adversa.

—¿Qué obras suyas prefiere usted?

—Cuando las escribo, todas me agradan; pero según va pasando el tiempo, parece como que se olvida uno de ellas. Conservo dulces recuerdos de *La neña*. *La esclava*, que fracasó, también me gusta. Ultimamente la ha citado con elogio la Pardo Bazán.

—¿Le preocupan a usted los estrenos?

—Cada vez me producen un efecto más desagradable, porque voy teniendo mayor conocimiento del peligro.

—¿Escribe usted con facilidad?

—Acaso con demasiada; y es que siento mu-

cha prisa por acabar las obras comenzadas.

—¿Tiene alguna en preparación?

—Sí, algunas cosillas tengo pensadas; pero todavía no las he bautizado, porque casi no han hecho más que nacer en mi mente...

La Cobeña escuchaba en silencio, sonriéndose apaciblemente de vez en cuando.

—¿Se estudia mucho, Carmen?

—Bastante, bastante... Estudio siempre de madrugada, por muy cansada que vaya del teatro, y sola, siempre sola... Necesito estar sola para estudiar. ¡No crea usted, que a mi marido y a mí nos cuesta buenos sudores el pan nuestro de cada día!

—¿Han ganado ustedes mucho?

—Sí, mucho; pero todo cuanto hemos ganado lo hemos gastado en el teatro. ¡Los dineros del sacristán, cantando se vienen, cantando se van! ¡Todo por amor al arte!

—¿Qué público prefieren?

—Mi marido, Madrid, nada más que Madrid. Dice que aquí saben apreciar el teatro como en ninguna parte, y es verdad, yo lo reconozco, y por eso también me gusta mucho

Madrid; pero después de Madrid, Andalucía. ¡Madrid y Andalucía!

—Diga usted, ¿le gustan los toros?

—¡Mucho!... Y mi marido también es aficionado, aunque cualquiera diría que no.

Al llegar a este punto, don Federico terció espontáneamente en la conversación.

—Eso de *Los semidioses* no va contra los toros, sino contra el culto que se rinde a los toreros fuera de la plaza, contra lo que la fiesta encierra de flamenquismo, chulería, matonismo, endiosamiento de los diestros...

—Conformes, conformes.

—Por lo demás, soy taurómaco; aunque prefiero ir de caza con una buena escopeta y un buen perro... Ahora no puedo: todo el tiempo de que dispongo me lo lleva el Español.

—Ni que decir tiene—insinué yo, dirigiéndome primero a ella y luego a él—que su autor predilecto será... Y la mejor actriz para usted...

—¡Oh! No, no...—contestaron a un tiempo.

Y ella concluyó:

—¿Por qué? Pero no hable usted de esas cosas. ¡Es mejor no hablar de ellas!

Y con toda la simpatía de que es capaz, echóse a parlotear, que no hubiera habido quien la interrumpiese. Y siempre, al final de cada parrafada, idéntica exclamación:

—¡Cada día me gusta más el teatro!

Realmente, pocos artistas habrá tan encariñados con su arte como la Cobeña.

Ya en pie para despedirme, acudióme a las mientes una preguntilla que me hubiera hecho reventar de no haberla dejado huir por las compuertas de mis labios...

—Aun a trueque de pecar de indiscreto, ¿qué me dicen ustedes de amores?

Ella, dirigiéndome una mirada escrutadora, exclamó:

—¡Ah! ¡Es usted muy curioso!...

Y regaló a su marido con la caricia de una sonrisa encantadora.

Oliver sonrió a su vez plácidamente...

Y yo sonreí también, como si mi alma hubiera percibido siquiera el aroma de aquella felicidad tranquila, llena de sosiego, sin el apasionamiento irreflexivo de la juventud; de esa felicidad que viene a ser como las rosas de otoño...


DICENTA

Yo no había leído todavía la prensa matutina. Arniches me dió lacónicamente la infausta nueva: «Ha muerto Dicenta». Me quedé sorprendido, atónito, alelado, como un sér idiota, como un papahuevos, como si me hubieran pegado un mazazo en la cabeza... Y repetí maquinalmente: ha muerto Dicenta...

Era el Miércoles de Ceniza... Salí de casa de Arniches con el corazón lacerado... En la calle, las repugnantes máscaras aturdían con sus estridentes chillidos, mareaban con su incesante algarabía, enojaban con sus intemperancias... Movióme a indignación, más que a lástima, la insania de aquella brutal y aparente alegría; en mis pupilas relampagueó un destello de ira, de odio, ante la bascosidad de

la mascarada, y sentí ansias de rebeldía, de regenerador exterminio...

Pocos días después, fuí a visitar a Joaquinito Dicenta, que acababa de regresar de Alicante, la ciudad mortuoria del llorado autor de *Juan José*.

Al perturbar con mi presencia la soledad tristísima del despacho, mis ojos tropezaron con un busto broncíneo de Dicenta... Era él, según nos le retrató Répide: «Su cabeza, española y romana, con un perfil algo de Fernando V, algo de Lagartijo y algo de León XIII, era típica de uno de los más extraños y admirables personajes de nuestra raza. Los ojos, redondos y vivaces, como de ave misteriosa y clarividente en la noche. Los rasgos de su enjuto rostro, acusados, mostrando un gesto aristocrático. La frente, iluminada por una inteligencia preclara, como un campo anchuroso, donde se revolvían en tropel las ideas y cruzaban los vientos de las pasiones con un ímpetu de huracán».

En la frialdad y en la dureza del bronce, adquirían un aspecto más veraz las palabras

de Iglesias Hermida: «...cráneo de naranja. Las facciones finas, menudas y enérgicas; la mirada terrible, metálica; hay una fraternidad física extraordinaria en el cráneo y la cara, al través de la historia, de esos hombres geniales que se llaman Aristóteles, Voltaire, Moltke y Joaquín Dicenta.»

Apenas hube apartado la vista de la escultura, Joaquinito Dicenta entró en el despacho y me alargó la mano en silencio... ¡Desgraciado! Sus ojos denotaban bien a las claras los días de sufrimiento y de llanto: lo blanco, encendido en un rojo ígneo, como si las lágrimas hubieran surtido efecto de cauterio; ojerudos, como si el insomnio y la pena y el dolor, pese al transcurso de las horas, fueran estigmas indelebles; hinchados, que no parecía sino que el infortunio les había dejado preñados de amargura...

Mis labios pronunciaron una sentida frase de pésame, a cuyo son, como al de un conjuro, los casi empañados ojos del primogénito de Dicenta se fijaron con expresión inefable en el busto de bronce... ¡Pobrecillo!... Y mien-

tras yo le dirigía pródigamente palabras de consuelo, que eran acogidas con balbuceos de agradecimiento, él, para contener el llanto que pugnaba por desbordarse manifiestamente, se mordiscaba las uñas de la mano izquierda, apretaba con la derecha el brazo del sillón en que estaba sentado, no concedía reposo a la mirada, contraía el semblante con visajes de aflicción...

Tranquilizado relativamente al cabo de un rato, me dijo:

—Tengo que agradecer muy mucho la buena intención de todos; pero me interesa bastante hacer constar, y así le ruego que lo diga, que no nos sería lícito aceptar los rendimientos de las funciones que algunos han tratado de organizar en beneficio nuestro. Cierto que no quedamos en la opulencia, ni mucho menos; pero mi padre nos ha legado una fortuna que vale acaso más que todo el oro del mundo: la voluntad. Quedamos dos hermanos en plena juventud, y podemos y debemos luchar para sostener a nuestros hermanitos... ¡Ni la familia se deshará ni se derrumbará la casa! En

cuanto a lo de mi padre, si usted necesita datos...

—Los referentes a la vida literaria—le interrumpí—, ¿quién no los conoce? Y respecto a los que pudieran tener cierto carácter íntimo... Yo tenía escrita una carta para su padre, carta que debía de haber echado al correo precisamente el día de la desgracia... ¡En fin!... De todos modos, ¿puede usted decirme algo de las obras que su padre tenía en preparación?

—¿Qué le voy a decir yo? Que ha dejado algunas planeadas... Por cierto que alguien me ha atribuído el propósito de terminarlas y...

—¿Y no lo hará usted?

—Eso depende... La Guerrero estrenará el año que viene una obra mía; si gusta, me animaré a dar fin a las de mi padre; si fracasa...

El joven autor de *El Bufón* miró nuevamente a la efigie broncínea, en invocación de su espíritu genial, y enmudeció, como si hubiera temido completar la frase...

Joaquín Dicenta nació en Calatayud el año 1863. Su padre, Manuel Dicenta, fué militar;

durante la guerra del Norte, perdió la razón a consecuencia de un balazo en la cabeza; y un día, a los siete años de locura, la muerte se llegó a él en plena calle...

Entonces contaba Joaquín hasta sus buenos doce años de edad. Ingresó, después de terminar el grado, en la Academia de Artillería, de donde al año salió por culpa de su carácter indómito, rebelde y contrario a la disciplina militar. De la carrera de las armas pasó a la de medicina; pero pronto hubo de abandonarla también, y, para no ser gravoso a su madre, decidió marcharse del hogar en busca de la gloria y de la vida...Como ahora su hijo, tampoco él tuvo miedo, que no es propio de ánimos bien templados: «Madre, desde este momento me las voy a ver con la vida.» El mismo gesto gallardo en el padre y en el hijo... ¡Sangre viril!

Después de hacer unos cuantos versos a unas cuentas novias—sarampión literario—, entró en *Las Dominicales*; fué luego uno de los fundadores de *La Piqueta*, periódico revolucionario si los hubo, y, tras colaborar en al-

gunas revistas y formar parte de varias redacciones, se presentó en el teatro con *El suicidio de Werther*, a cuya obra siguió el drama *Los irresponsables*, que dió origen a grandes controversias de la crítica y fué reprobado severamente por el P. Blanco.

Entre sus obras, a más de las ya citadas, son dignas de mención las siguientes: *Honra y vida*, drama inspirado en una leyenda de la época de D. Pedro I de Castilla; *Luciano*, obra no tan acertada en el fondo como en laforma; *El duque de Gandía*, drama lírico; *Curro Vargas*, zarzuela musicada por Chapí, basada en la novela de Alarcón, titulada *El niño de la Bola*; *La mejor ley*, *El señor feudal*, *Aurora*, *Daniel*, *El crimen de ayer*, *Sobrevivirse*... Es, además, traductor de *El místico*, el hermoso drama catalán de Rusiñol.

De intento he dejado de citar, para tratarla en párrafo aparte, la obra cumbre de Dicenta: *Juan José*. Estrenóse en 1895 y alcanzó uno de los éxitos mayores del teatro español en los últimos años. Las tendencias francamente socialistas de la obra motivaron las prohibicio-

nes de varios prelados; pero el drama se hizo prontamente popular y se representó inusitado número de veces. Se cuenta que antes de terminar el estreno, Fiscowich ofreció a Dicenta veinticinco mil pesetas por la obra, cuyo autor, a pesar de su crítica situación económica, rechazó el ofrecimiento. *Juan José* llegó a producir a Dicenta unos sesenta mil duros.

En la novela sobresalen *Los bárbaros*, *Los de abajo*, *Encarnación*, *El Spoliarium*, *Mares de España*, *De piedra a piedra*, *Tinta negra* y un sin fin de cuentos y novelas cortas.

Aunque Dicenta debió su mayor gloria y popularídad al *Juan José*, y en la dramaturgia triunfó como en ningún otro campo literario, cultivó diversos géneros, aparte del ya citado de la novela, sobresaliendo en el periodismo. Durante muchos años, *El Liberal* nos deleitó con las crónicas interesantes y amenas, fuertes y palpitantes, de Dicenta, cuya significación social y anticlerical, valientemente manifestada y sostenida, se reflejó en artículos de gran mérito literario, pergeñados con plumazos vibrantes, desenfadados...

Fué el poeta del trabajo y del amor... ¡Cantó la vida!

Según él decía, dentro de sí tenía un angel y un demonio riñendo descomunal batalla; éste le impulsaba a correr a rienda suelta, sin parar; aquél actuaba de freno bienhechor...

Y un aciago día...

«Vino la muerte a llamar
a su puerta.»

¡Que la paz sea con él!

LA GÁMEZ

Esperé breve rato en una coquetona salita. María Gámez, la mujer cuyo arte y cuya hermosura entrañan a la par el fuego y la melosidad de la tierra del sol en que ha nacido y de las regiones sudamericanas en que ha vivido mucho tiempo, conferenciaba en una habitación contigua con. . Quién fuera no hace al caso. Hazte cuenta, lector, que era un empresario, un director escénico, un primer actor... Yo no soy curioso y me molesta enterarme de lo que no se dice para que yo lo sepa, así es que no presté atención a lo que se hablaba en el cuarto de al lado y me limité a observar la decoración, sencilla y elegante, de la estancia en que me encontraba; sin embargo, hasta mí llegaron ciertas palabras que me

incitaron a aguzar el oído... ¡Bah! En el periodismo, la curiosidad profesional es lícita y la indiscreción... un pecadillo venial.

Se trataba del contrato de la Gámez para un teatro de provincia. La voz de la gran actriz se dejaba oír de vez en cuando, para poner una objeción, dirigir una pregunta o hacer una observación... al otro, que era quien llevaba la voz cantante. El otro, atento a su negocio, preconizaba las excelencias de su oferta y se hacía lenguas de los medios con que contaba para llevar a feliz remate su gestión; y, hablando de las obras teatrales, consideraba la conveniencia y hasta la necesidad de hacer el paripé a los autores de astracanadas. Yo no sé si sentí tristeza o indignación al oirle decir:

—Como son los señores de la moda, hay que tenerles contentos.

Si tan siquiera se hubiera referido a los maestros del género cómico... Pero no; aludía a los que no saben hacer más que gracias burdas, chistes forzados y aún groseros, que es lo que priva.

Aquellas palabras me dieron pena, mucha

pena. ¡Medrados estamos! El público abarrota los teatros en que se representan las mayores atrocidades; los empresarios no saben, o no quieren saber, sino que dos y dos son cuatro; los autores incipientes, cuyos alcances no les bastan a pergeñar pobremente un sainete de costumbres, ni tan siquiera un modesto entremés, ganan dinero, ya que no gloria, con sus desatinadas producciones. ¡Así nos luce el pelo! ¿No es lamentable que casi todos nuestros primeros dramaturgos, asqueados por las imperantes corrientes de mal gusto, no se hayan decidido a estrenar y vacilen, llenos de incertidumbre, ante los requerimientos de las personas que todavía no tienen la sensatez corrompida?

La irrupción de autores a la violeta es tan avasalladora y el beneplácito del público tan unánime, desgraciadamente, que el desaliento cunde hasta en las más altas esferas de la dramaturgia. Hablando días pasados con el eximio Linares Rivas, encarecíale yo la necesidad de que una figura prestigiosa iniciara y fomentara una campaña en pro del buen tea-

tro, que ya se va olvidando y menospreciando, y en contra del que va estando demasiado en boga. Primeramente acogió mis palabras con un gesto de amargura; y luego, encogiéndose de hombros y con su peculiar ironía...

Pero ya os hablaré próximamente de lo que dijo; que poco a poco me voy descarriando por los cerros de Ubeda, y en ellos no he de toparme seguramente con la Gámez.

Reflexionaba yo sobre la cuestión bosquejada en las anteriores líneas, cuando percibieron mis oídos las frases rituales de despedida... Un momento después, la Gámez contestaba a mis preguntas.

—¿Cuándo empezó usted a trabajar en el teatro, María?

—A los doce años... Sí; no ponga usted esa cara de asombro. ¡A los doce años! Mi padre fué cómico; todos los de mi familia fueron cómicos; y, ¡claro!, ¿qué iba yo a ser? Empecé a los doce años con Espantaleón. ¡Le tenía un miedo!... La primera obra que hice formalmente fué *El patio*, de los Quintero. Trabajé bastante por Galicia, y, a los diez y seis años,

me largué a América, donde permanecí otros nueve.

—¿No tuvo usted miedo, tan jovencita, a los submarinos?

—¡Quiá! ¡Si entonces no existían!... Es decir, como existir, sí existían; pero no hacían daño a quien no se metía con ellos.... ¡Comno hubiera tenido miedo a los tiburones!...

—¿Y en América?

—Trabajé primero en la compañía de Serrador, que fué quien me llevó de España, y después, en compañías nacionales, en las que hice varias obras del teatro argentino: *Juan Moreira*, *La montaña de las brujas*... ¡Entonces conocí a mi marido!...

A esta evocación, los bellos ojos de la Gámez se nublaron como si por ellos hubiera pasado un nubarrón de pesadumbre...

—Mi marido—prosiguió—era también cómico. Tenía gran afición a los juguetes, y se conoce que se casó conmigo para aumentar su colección; pero le salió el tiro por la culata. ¡A ver qué vida... A los cinco años de matrimonio, el hastío colmó la copa que debiera de

haber sido de felicidad, y yo propuse a mi marido el divorcio.

—¿Y aceptó?

—¡Por la cuenta que le tenía!... Nos divorciamos en Montevideo.

Se quedó un instante pensativa y continuó, haciendo un mohín picaresco:

—En América trabajé también con el infortunado Tallaví, que en paz descanse; y con él, cuando volví a España, me presenté en el Infanta Isabel.

—Ultimamente, en Price...

—¿Eh?—me interrumpió—. Lo de Price, ni lo nombre. ¡Price es la vergüenza de mi vida!

—¿Qué género le gusta más hacer?

—La comedia picaresca, el *vodevil.*

—Tendrá usted preferencia por algún autor...

—Sí; por todo el que tenga sentido común.

—¿Y público?

—El de Madrid ha sido conmigo muy cariñoso. Puede usted hacer una notita cómica diciendo que prefiero al público madrileño, porque me ha permitido estar en Price...

—¿Ha ganado usted mucho, María?

—¡Oh! ¡Mucho, muchísimo!... ¡Si lo tuviera junto!... Fíjese que son bastantes nueve años en América, cobrando sueldos exorbitantes. ¡Pero todo, todo, me lo he gastado en trapos!.. ¡Sólo en trapos!... Yo no he gastado en alhajas, ni en perfumes... ¿Usted ha visto cosa más rara? Creo que soy la única mujer a quien no le agradan los perfumes.

—Pues ¿qué le agrada a usted?

—Hacer comedias: esa es mi diversión y mi vicio. También soy un poquillo golosa para los bombones... ¡Ah! Y los chicos pequeños me gustan cuando no gritan; si gritan, no. ¡Y le advierto que yo no tengo chicos!...

—Así no la molestarán a usted al estudiar.

—No, si tampoco me molestarían, porque a la hora en que yo acostumbro a estudiar, ellos, ¡angelitos!, estarían ya en la camita.

—De lo que deduzco que usted estudia después de las representaciones de noche, ¿no?

—Ciertamente. Vengo a mi casita, me meto en la cama y, en cuanto caliento las sábanas, a estudiar... En voz alta, ¿eh?

Mientras revolvia entre unas cuantas fotografías, me hablaba de unas que le acaba de hacer Walken.

—¡Son unas cabezas preciosas! Si a usted no le sirve de molestia, puede llegarse a casa del fotógrafo y pedirle una de mi parte; le dice que va por la cabeza de la Gámez.

Y se reía encantadoramente...

Mis ojos contemplaron, admiradores, la hermosa nitidez y transparencia de los suyos; y mis labios musitaron imperceptiblemente:

—¡Dios mío! ¿Y si pierdo la cabeza?

LINARES RIVAS

Mientras me dirigía paulatinamente hacia la mansión del egregio dramaturgo, iba yo repasando en la memoria las producciones de su preclaro ingenio y considerando la diversidad de géneros literarios que ha cultivado siempre acertadamente.

En el teatro, nos ha regalado con obras de todas clases y tendencias: apacibles comedias de costumbres, como *El abolengo*, *La cizaña* y *Bodas de plata*; dramas románticos en verso, como *Lady Godiva;* fábulas, como *El caballero Lobo;* obras de ideas, como *Camino adelante*, *La garra* y *La espuma del champagne.*

En la gama de su paleta no falta ni el color que hace reír ni el que hace llorar; su pluma provoca indistintamente la carcajada o el

llanto y a su antojo nos deleita o nos mueve a pensar; su espíritu comprende la inefable gracia con que se sonríe la *Comedia* y la mueca horripilante con que suele mostrarse contraída la faz temible de la *Tragedia*...

Conservador de ideas, no ha temido abordar, en sentido bastante liberal, los más variados problemas psicológicos y sociales. ¿Cómo explicar esta contradicción entre sus principios políticos y las ideas que expone a veces en el teatro?

Me lo explicó él mismo en breves razones:

—No existe sino en apariencia la paradoja que me achacan. Nosotros, los conservadores, no nos asustamos de nada ni nos oponemos a la implantación práctica de ninguna teoría por avanzada que sea. Lo que discutimos es la cuestión de oportunidad. ¿Que nos hablan de la separación de la Iglesia y del Estado? Muy bien; vamos a discutirlo, y, si conviene, se hace. Mas ¿cómo vamos a ir en España a la separación de la Iglesia y del Estado, si el pueblo español es católico, apostólico, romano? Porque la masa del pueblo no se compone

sólo de los obreros de los grandes centros fabriles, sino de los labriegos del campo y de la montaña...

Mientras hablaba, en voz tan baja que apenas se percibía, su mano jugueteaba con la pluma, esa admirable pluma que ha concebido tantas bellezas. De pronto, enmudeció, su mano cesó de juguetear, su mirada se fijó en la pluma y exclamó, como si hablase consigo mismo:

—¡La cuestión de oportunidad es lo discutible!

Yo sonreí con placidez no exenta de ironía...

Linares Rivas, en el trato particular, es de los que saben captarse las simpatías de quien le trata. Cortés, afable, bondadoso, de su ser emana el misterioso efluvio de los que tienen el don inapreciable de conquistar las voluntades ajenas. Se expresa con donosura y galana dicción, prodigando las frases ingeniosas, y en su conversación campea el fino humorismo que le caracteriza. No tiene más que un defecto: es más sordo que una tapia... Aunque

a veces la sordera puede ser considerada como una excelente cualidad, siquiera sea para no oír desbarrar...

—Usted, don Manuel, nació en Santiago de Galicia, ¿verdad?

—Eso dicen; pero yo no lo puedo asegurar, porque... ¡Figúrese! ¿Cómo iba yo a darme cuenta de dónde nací?

—Y Santiago es Campanela, el pueblo en que se desarrolla la acción de *La garra*...

—¡Hombre!, ¡hombre!, ¡hombre! Campanela es una población figurada. Ya lo digo en el libreto de la obra: una ciudad que vive muerta como Brujas, como Salamanca, como Toledo, como Santiago...

—Sí, eso es: como Santiago...

Don Manuel se puso la mano derecha en la oreja y se inclinó hacia mí, como indicándome que no había oído mis últimas palabras.

¡Pobre don Manuel! Sordo de nacimiento, no le valió la fortuna para curarse, de igual modo que tampoco le valió el talento para triunfar en campos donde otros medran sin más dotes que la desvergüenza y la osadía...

Después de haber cursado con gran aprovechamiento la carrera de Derecho, no pudo ejercer la abogacía y se malogró en la política, por culpa de la sordera, no por falta de aptitudes; pero la voluntad le movió a luchar sin decaimiento, y en otras esferas alcanzó a saborear la dulzura de la victoria.

La fe en los propios méritos, la perseverancia en el trabajo, la esperanza en el porvenir, la confianza en el resultado final y la firme voluntad de vencer, son los pilares en que se basa el triunfo. El que quiere, llega; pero es preciso querer con la voluntad del corazón, no con la del pensamiento, que las más de las veces nos engaña, y así el corazón se doblega con mansedumbre al primer fracaso, al menor contratiempo, al más suave zarpazo del infortunio...

Es de ver y de admirar la fruición con que Linares Rivas recuerda los tiempos de su juventud.

—Los jóvenes de hoy—me decía—no tienen ni afición al teatro. ¡Y quieren ser dramaturgos! No dejarán de asistir al estreno de los *vo-*

deviles que representa la *Chelito;* pero se les pregunta si han visto tal obra, y tal otra, y tal otra, y siempre contestan que no, que cuesta caro el teatro, que no tienen dinero... Si no se tiene, se busca; y si no, se pide al autor una entrada. ¿Qué autor negaría una entrada general a quien se lo solicitare? Lo que hay que tener es afición. Ya ve usted: yo fuí bastante tiempo de la «claque» del Real...

—¿Y qué me dice usted del teatro actual?

—¿Las astracanadas? ¡Bah!... Es la moda. ¡Ya se cansarán! Siempre ha existido la moda en el teatro. En otros tiempos hubo la de gritar, y sabido es que hasta existían cuadrillas de reventadores. Entonces el público no gozaba más que haciendo fracasar las obras. Yo recuerdo una vez, saliendo de la Comedia, que un transeunte de la calle preguntó a un amigo suyo que salía del teatro: «¿Qué tal?»; y el que acababa de presenciar el estreno contestó: «Nada, no hubo diversión; ha gustado la obra.»

—¡Hay que ver!

—Es como esos taurómacos que no se di-

vierten si no hay *kule*, de esos que, cuando el toro va a los alcances de un torero, se levantan en el tendido gritando como energúmenos: «¡Dale!, ¡dale!, ¡dale!». No desean que la cornada sea grave; pero sí un puntacillo, para animar la corrida...

—Es verdad. ¡Los hay que son atroces!

—Además, hoy todo va de prisa, muy de prisa, y no debe de causar extrañeza que el cine haya matado al teatro. ¡Eso de la oscuridad!...

—Comprendido, don Manuel. ¡Hay oscuridades que matan!

—¿Ve usted? ¡El imperio del chiste! Otra de las cosas de moda: el gran chiste, el chiste descacharrante que suele llevar envuelto el insulto, pues los espectadores, para encomiar la gracia, no hallan mejor ditirambo que exclamar, aludiendo al autor: «¡Qué bárbaro!... ¡Qué bestia!...»

—¡Y que haya quien sea gustoso de oír esas lindezas en los estrenos de sus obras!...

—¡Calle, calle! No me hable de estrenos, que me dan escalofríos... Los de mis obras me

hacen pasar sustos horribles... ¡Ah! Y conste que me parece deplorable que el autor salga a escena. ¡Como que es el momento que aprovechan algunos bien intencionados para reventar la obra!

—¿Cuál es la que más le ha producido a usted?

—*La viuda alegre*, que es la viuda de que estoy más satisfecho. ¡Tuve el honor de traducir, o lo que sea, *La viuda alegre!* Porque en España eso es un honor. Si escribe usted una obra original, poco menos que no le harán caso; pero, ¡ah!, si traduce usted algo... A mí, cuando *La viuda*, me saludaban ceremoniosamente, me regalaron dos plumas de oro, me llamaron exquisito literato, ¡exquisito!, y gané mucho dinero. ¿Qué más se puede pedir? Y eso es como torear chotos...

—Y cobrar siete mil pesetas y que le llamen a uno *fenómeno*...

—Sí, señor. Y ya que han salido a relucir los toros... Pero no hablemos de actualidad, ¿eh? De la cuestión Pastor, que no tengo opinión formada. Pues verá usted: en mis tiem-

pos, yo llegué a lucir mis habilidades tauró-macas en el ruedo. Todavía conservo el cartel de una becerrada en que toreé, firmado por *Sentimientos*, *Sobaquillo*...

Cuando salí de su casa, yo pensaba en el porqué de cierto retraimiento del autor de *Cuando ellas quieren*, *La raza*, *Como buitres*, *La fuerza del mal*, *Fantasmas*...

LA LORETO Y CHICOTE



No voy a descubrir ahora que Loreto, la popularísima Loreto, es la simpatía en persona. Desde que conocí a Loreto Prado, tan bulliciosa, tan revoltosilla, tan diablillo con faldas, casi casi me dan reparos de manifestar la pésima opinión que tengo de todas las hijas, nietas y demás descendientes de la malvada Eva. Si Loreto pareciera un ángel, quizás no fuera tan simpática...Y no es que yo ponga en tela de juicio las buenas condiciones personales de unos seres a quienes todavía no he tratado; pero Loreto es, ya lo he dicho, un diablillo con faldas, y ya sabemos lo agradable que resulta la travesura de los diablillos, máxime cuando visten de mujer...

Chicote, en cambio, es más silencioso, más

reposado, más metido en si; con una corrección muy austera, da la sensación de un caballero chapado a la antigua, de uno de aquellos que hablaban menos con la lengua que con la espada, si bien gustaban asimismo de reir bobaliconamente las chanzonetas de sus bufones...

Sin embargo, a pesar de ser más inquieta Loreto que Chicote, ella permanecía, mientras charlábamos, tranquilamente sentadita en una silla, en tanto que él no cesaba de ir y venir, entrando y saliendo a cada momento, para no desatender ni los cuidados que requería lo de afuera ni las atenciones que le merecía lo de adentro.

Yo tenía que aprovechar sus entradas en el camarín para dirigirle mis preguntas, cuando no era él quien espontáneamente añadía detalles complementarios de lo que oía en labios de su compañera.

—Yo—decía ésta, contestando a mi primera pregunta—empecé de segunda tiple con «Los carboneros», a los catorce años; pero entonces no tenía ni pizca de afición. Conque va una

vez la primera tiple y se envenena, y yo tuve que hacer su papel... ¡Qué rabia! Yo que buscaba recomendaciones para no trabajar, para no ser del teatro, me vi haciendo un papel de primera tiple y con diez pesetas de sueldo. ¡Le digo a usted que lloré de rabia y de pena! ¡Eso es! Yo tenía la ilusión de no ser del teatro; pero aquel envenenamiento me valió un triunfo y... ¡Ya no hay más remedio!

—Y yo—añadió Chicote, que aun no había salido ninguna vez del cuarto—tenía la ilusión de ser cómico y no hice gran caso de las asignaturas de la carrera de Derecho, de la cual estudié algunos años en la Central, hasta que me salí con la mía y me lancé a las tablas en el teatro Felipe. ¡Je, je! Recuerdo que hice «Las criadas», de Ricardo Monasterio. ¡Qué diez y ocho años tenía yo entonces! ¡Je, je, je!

Y salió, dejando a Loreto en el uso de la palabra.

—Yo estudio en voz baja siempre, aunque luego me guste chillar y alborotar y meter mucho ruido... ¡Bueno, la verdad es que no

me doy grandes atracones! El género que más me gusta es lo cómico, porque lo hago sin ningún esfuerzo; en lo dramático me meto en situación, y eso me perjudica... Pero también me gusta lo dramático y he tenido grandes triunfos en cosas muy serias. ¡Eso es!

—Ahora ya le gustará el teatro, ¿verdad?

—¡A todo se le coge cariño en este mundo!

—¿Y qué otras aficiones tiene usted?

—Las flores y los espejos. ¡Los espejos me vuelven loca! No es para mirarme, no; es que me gustan mucho. Yo querría tener un cuarto lleno de espejos: las paredes, el techo... ¡Eso es!

—¿Y usted?—pregunté a Chicote, que nos oía desde la puerta.

—Mi afición favorita es la esgrima. Ya ve usted las panoplias de armas.

Tan pronto el uno como el otro, siguieron narrándome cosas de su vida artística, que no he de trasladar al papel para no repetir lo que ya es viejo de puro sabido.

En cuanto a preferencias por algún autor determinado, por alguna obra, Loreto no tie-

ne ninguna, como la mayoría de las actrices y actores... Sin embargo, ahora sí creo que Loreto era sincera cuando me decía:

—Yo no tengo predilección por ninguna obra, francamente... Mire usted, según las voy haciendo, todas me gustan a cual más, porque yo me meto en seguida en situación y me encariño con todos mis papeles. ¡Eso es! Así, el último que hago es siempre el que me gusta más.

—Ahora ha hecho usted una creación en el «Tomás», esa parodia de *couplet*. Parece usted realmente una chiquilla principianta...

—¿De veras que sí? ¡Cómo me agrada que me lo digan!... Sí, porque eso demuestra que no me ha salido del todo mal.

—Es su genio, Loreto.

A estas palabras mías, ella se quedó repentinamente triste y exclamó:

—¡Mi genio!...

Y prosiguió, con cierto dejo de amargura en la voz:

—¡Ay, no lo crea usted! ¡Yo no soy ya la de antes! La muerte de mi madre me cambió el

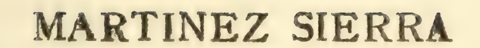
carácter, el genio y todo. Aquella Loreto Prado de hace algunos años, no muchos, pasó a la historia. ¡Fué un golpe terrible para mí! ¡Qué desgracia!... La desaparición de mi pobre madre me hizo perder tanto, tanto, que me parece que ahora voy por el mundo sin afanes, sin ambiciones, que todo está de sobra para mí... Le digo que no soy la de antes. ¡Eso es!

A la evocación siguió un silencio tristísimo y embarazoso. Afortunadamente, vino a distraernos la presencia de Chicote con unos retratos en la mano.

—Tome usted nuestras efigies... No he podido encontrar otras; pero si usted quiere...

—No, no se moleste—le atajé—. ¿Qué más da? Y muy reconocido...

Iban a salir a escena. Nos despedimos afectuosamente...



MARTINEZ SIERRA

Los personajes del teatro de Martínez Sierra se mueven ora en el ambiente de la clase media, ora en el de la clase humilde y hasta en el de las clases más bajas, degradadas y abyectas de la sociedad; no obstante, en las obras de Martínez Sierra predomina la nota sentimental, delicada y elegante, una nota de «finura casi femenina», como dice Jaime Fitzmaurice Kelly en su *Historia de la literatura española*. De tal suerte, hasta cuando presenta en la escena situaciones comola de *Lirio entre espinas*, pletórica de escabrosidades, sabe recoger, en frases de poética ternura, «un rasgo de finura psicológica delicadísima, o una ejemplaridad ética muy manifiesta».

Llevaba yo intención de interrogar a Mar-

tínez Sierra sobre los mencionados extremos; pero mi voluntad propuso y mi memoria dispuso... Oyéndole hablar, se me fué el santo al cielo, o el demonio al infierno, que yo no sé si dentro de mí hay un santo o un demonio...

Andando a pasitos cortos, con el cuerpo inclinado hacia delante y un tanto encogido, se acercó a mí la figurilla menuda y enjuta del autor de *Madame Pepita*. A poco, charlando amigablemente, se fué perfumando la estancia con el aroma inefable de la confianza...

—Yo soy de Madrid, donde nací el año mil ochocientos ochenta y uno. Y verá usted...

Mientras hablaba, sus manos se frotaban en difíciles entrelaces de dedos, retorcían las guías del bigote, negro y cuidado con pulcritud, atusaban la frente, despejada y curva, y los cabellos grises, no muy abundantes; en su rostro cetrino, los ojos, pequeños, negros y brillantes, danzaban con la inquietud de los temperamentos nerviosos...

—Cuando tenía diez y siete años, me presenté a Benavente, a quien no trataba, con el original de un libro titulado *El poema del tra-*

bajo. D. Jacinto era entonces director de la revista *Vida literaria*. Accedió a mi pretensión y me prologó el libro. Buen principio, ¿verdad? Después, como siempre me ha gustado el teatro, me dediqué a escribir comedias. Recuerdo que la primera que hice fué *Las golondrinas*, a la que andando el tiempo había de poner música el malogrado Usandizaga...

El nombre del maestro guipuzcoano, en labios de Martínez Sierra, sonó como una evocación triste de fallidas esperanzas, de promesas incumplidas por fatalidad del destino, de ilusiones perdidas.

—La primera obra que estrené, escrita en colaboración con mi fraternal amigo Santiago Rusiñol, fué *Vida y Dulzura;* y la primera mía exclusivamente, *La sombra del padre*. Pero no crea que fué así como así: diez años anduve peregrinando... Y no injustamente, por cierto; porque mis obras no valían nada.

Por su sonrisa, como de avergonzada e indescifrable resignación, comprendí que no era fingida su modestia.

—Sin embargo—prosiguió—, el teatro me

ha producido bastante... Mis obras, sin ser de esas que causan un alboroto cuando se estrenan, se representan mucho, ¿verdad?

—¿Cuál es la que más dinero le ha hecho ganar?

—*Canción de Cuna*

—Según tengo entendido, esa es también su predilecta.

—Sí; estoy de acuerdo con el público y con la crítica, ¿verdad?

—¿Cómo trabaja usted?

—Hombre, ni tengo horas, ni trabajo seguido, pues a lo mejor se pasa mucho tiempo sin que coja la pluma, ni tengo la misma facilidad en unos momentos que en otros... Soy muy desigual.

—¿Tiene usted miedo a los estrenos?

—¡Oh! Me causan gran impaciencia; pero no se me nota, ¿verdad?

—Ahora, ¿prepara usted algo?

—Nada. El tiempo que me deja libre la dirección artística de Eslava lo dedico a las cosas de la guerra. ¡Y eso que soy antimilitarista!

—Entonces, ni qué decir tiene que será usted aliadófilo.

—¡Hasta la injusticia!

Y Martínez Sierra, tan modosito en la dicción, pronunció estas palabras con la vibrante, calurosa y exaltada energía de un convencido.

—¿Tiene usted afición a ser director artístico?

—Todo lo referente al teatro, por dentro y por fuera, me encanta. He jugado a los teatros desde pequeño, y, de mayor, sigo jugando. También me gusta mucho hacer revistas, de las cuales he fundado, entre otras, *Helios*, en la que se dieron a conocer algunos literatos hoy en boga, y *Renacimiento*.

—¿Qué opina usted de la crisis teatral, de las astracanadas?

—Siempre ha existido el mal gusto: es fruta de todos los tiempos.

—Pero en los actuales, don Gregorio, la cosecha es demasiado abundante...

—Sí, un poquillo se está exagerando la nota... El género cómico debe hacerse; pero no ese género de situaciones burdas, de re-

truécanos, de chistes retorcidos... Lo que daña es el chiste. Yo entiendo que lo cómico ha de serlo de situación.

—Y diga usted, ¿es Maeterlinck su autor favorito?

—Lo fué, y de ahí que en mis primeras producciones procurase imitarle, ¿verdad? Hoy ya no lo es. Le admiro mucho, sí; pero ya no es el primero...

—¿Quién ocupa ese lugar?

—Ibsen y Galdós.

Hablamos un rato de literatura. Luego, la conversación fué a parar insensiblemente al tan manoseado y ya casi eterno tema de la guerra...

—Ya sabe usted—insistió al despedirse—que soy aliadófilo...

—¡Hasta la injusticia!

—Eso es. ¡Hasta la injusticia!...



PEREZ GALDOS

«Es el patriarca, el maestro, el padre espiritual de todos los escritores jóvenes que tuvimos la suerte de conocer este viejo alcázar de las letras... ¡Don Benito!...»

Así es, *Caballero Audaz*, así es don Benito... Bienaventurados los que tuvieren la dicha de conocerle cuando nacieren a esta vida ingrata, cruel y trabajosa de las letras, en la cual nos acomodamos de grado a perecer temporalmente con la ilusión y la esperanza de alcanzar otra vida eterna, cuya ideal realidad las más de las veces no llega nunca, nunca, pues desfallecemos ya en las primeras etapas y caemos rendidos mucho antes de que hayamos vislumbrado en una resplandeciente lontananza el feliz término de la penosa jornada.

Es el patriarca, el maestro, el padre espiritual de la juventud literaria, cariñoso, pletórico de bondad, presto en cualquier momento a infundir ánimo al pusilánime, a dar consejo al inexperto, a disculpar los yerros del ignorante... Es el labrador de corazones humanos que siembra semillas de bondad, de cariño, de simpatía, para luego recoger abundantes cosechas de gratitudes... Aunque ya suele ocurrir, ¡triste destino!, que la sequía del orgullo agoste la mies lozana, cuyas doradas espigas se tornan feas y negras como un pecado, como el más feo y negro de los pecados...

La primera vez que visité a Galdós, ya percibió mi alma la inefable dulzura de la simpatía que irradia del gran pensador; y al verle plañidero, melancólico, quizás desengañado y hastiado, sentí en mi pecho la opresión de una pena muy grande, muy grande... Que los jóvenes tenemos que sufrir al aproximarnos a este venerable anciano, cuyo corazón acaso brinca de gozo al rememorar las palabras del divino maestro... ¡Pobre don Benito!

El otro día, cuando fuí a rogarle que me

contase algunas impresiones de su vida literaria y de su intimidad, me decía con tono lastimero:

—Yo no estoy ahora para nada; me siento mal, muy mal... Y no es que la salud me falte; pero el ánimo no es bastante a valerme para sacar fuerzas de la flaqueza de mi abatido espíritu... Y luego, esta ceguera, esta horrible ceguera...

¡Daba dolor!

—Sin embargo — insistí con alguna timidez —, yo le agradecería, D. Benito... Me consideraría tan honrado...

—Bueno, hombre, bueno—me interrumpió, saliendo rápidamente al encuentro de mi leve insinuación—. Hablaremos de lo que usted quiera; hablaremos, hablaremos...

Y hablamos largo y tendido; que don Benito no se cansa nunca de ser amable; que su afabilidad seduce; que su conversación encanta... ¡Y a su lado transcurren tan vertiginosamente las horas!...

Mientras yo le contemplaba con muda veneración, sin atreverme a despegar los labios,

todo mi ser pendiente de los suyos, el egregio maestro me contaba episodios de su vida, narrándolos con cierto deje sentimental y de aflición profunda, como se relatan a los ya casi ochenta años las cosas de los veinticinco...

—Hace ya un lustro más de medio siglo que vine de Las Palmas a Madrid... ¡Parece que fué ayer y hace mil años!... Aun no había nacido usted. Yo era entonces un vago de siete suelas: leía de todo menos de abogacía; pero leía muchos libros, ¿eh?, muchos... ¡Y cuánto me divertía!... En lugar de asistir a clase, dedicábame a recorrer la población, a pasear por las afueras, a... Bueno; cosas de la edad: a enamorar a cuantas podía... ¡Qué tiempos aquellos!...

Don Benito enmudeció. Tal vez en su imaginación revivía la ya casi olvidada historia de unos amores con tal cual modistilla madrileña, pizpireta y bonita, joven y alegre...

De pronto, exclamó:

—¡La revolución del sesenta y ocho!...

Su evocación sonó como algo sobrenatural.

¡Amor y revolución! ¡Oh! Tenía razón D. Benito. ¡Qué tiempos aquellos!

Luego, me habló de su vida literaria. De la época de la revolución datan sus obras *La fontana de oro* y *El audaz*. Pocos años después comenzó a escribir los *Episodios nacionales*. El setenta y seis publicó *Doña Perfecta*; el setenta y siete, *Marianela*.. Y así hasta los cien volúmenes, y más aún... ¡Cuánto ha trabajado! ¡Cuánto le tenemos que agradecer a este hombre, que ha gastado en realzar a su patria el aliento que ahora le falta para llegar con paso firme hasta otro mundo más apetecible, donde hallará quizás otra patria menos injusta!...

—El noventa y dos—prosiguió D. Benito—estrenóse *Realidad*, mi primera obra teatral.

—He oído que ahora prepara usted un drama histórico.

—Sí; *Doña Juana la Loca*. Lo tengo en gestación y lo terminaré para el año que viene... si me sale a gusto. El asunto, como ya lo veo, no es fácil de tratar y no sé qué tal lo resolveré; si no hallo buena solución, lo dejaré.

—¿Y los *Episodios*?

—También el año que viene publicaré *Sagasta*, el cual ya lo tengo casi terminado. Más adelante vendrán los dos últimos: *Cuba y Alfonso XIII.*

—¿Tiene usted preferencia por alguna obra determinada de su teatro?

—No, no; todas me parecen iguales. *El abuelo*, si acaso... *Electra* fué la que mayor éxito alcanzó.

A D. Benito se le había apagado el cigarro. Como de costumbre, le sostuvieron una cerilla para que lo encendiese...

—Observe usted—me dijo—que ni para prender el cigarro veo lo bastante, pues si pretendiese hacerlo yo solo, me quemaría los dedos. ¡Es una desgracia!... ¡Es una desgracia!...

Tras una breve pausa, añadió:

—Antes veía los mosquitos en el horizonte; pero ahora...

Un silencio tristísimo nos agobió durante un rato, hasta que yo inicié de nuevo la conversación.

—¿Qué obra le ha producido más, D. Benito?

—Poco más o menos, allá se andan unas y otras. *Marianela* se ha vendido algo más.

—¿Ha ganado usted mucho?

—¿Yo? ¡Oh! Mis obras han producido bastante; pero no a mí, sino a otros... Y no hablemos de ello, que peor es meneallo.

Hasta nosotros llegaron los suaves acordes y las dulces notas de una melodía que alguien tocaba en el piano. D. Benito escuchó atentamente y empezó a tararear en voz baja, oscilando la cabeza en rítmico vaivén al compas de la música. Sus ojos, que ya difícilmente pueden expresar el contento, adquirieron cierto fulgor de alegría... El piano calló, y el bueno de D. Benito, exhalando un suspiro, exclamó:

—¡Cómo me gusta la música! También la pintura, las bellas artes en general; pero sobre todo, la música. Y la entiendo, la entiendo... ¡He oído tanto!

—¡Es el arte favorito de los ciegos!—subrayé.—Y dígame, ¿cómo trabaja usted?

—Ya no hago mas que dictar, pues no veo ni para mojar la pluma en el zumo que ob-

tengo de estrujarme el cerebro. ¡Estos ojos!... Yo de salud estoy bien. ¡Si no fuera por estos ojos!.. Sólo en uno de ellos me queda un tenue rayo de luz; pero tan insignificante, que no veo casi nada... Estoy medio ciego... ¡Ciego!... ¡Ciego!...

D. Benito siguió lamentando con acibaradas quejas su infortunio. ¡Señor, cuánto deben de sufrir los que han visto y ya no ven! ¡Pobres!...

Afuera, en la calle, la lluvia caía sin cesar, como si el cielo llorase desconsoladamente...

A veces se me antojaba que el frío se colaba en la estancia a través de los empañados cristales de la ventana y neutralizaba la tibiez del ambiente... Y un escalofrío estremecíame hasta los tuétanos... ¡Era el hielo sin clemencia de la desgracia, que me entumecía el corazón y me atería el alma!



LA PLANA Y LLANO

Estos dos nombres deben ir juntos. Desde que nacieron a la popularidad, y cuenta que son gemelos, la fama lanzó al viento, para que llegase a noticia de todos, una especie de razón social: «La Plana-Llano». Son dos seres unidos por el arte y para el arte. La masa del público, que no ve más que lo que pasa en el tinglado de la farsa, conoce solamente a la personalidad artística que le proporciona solaz y esparcimiento: la Plana-Llano.

Es una unión artística que tiene su razón de ser y que no se disolverá fácilmente ¡Es natural! Ella, Plana; él, Llano. ¿Qué más sencillo que la tal unión? Si ella no fuera *plana*, o si él fuese *abultado*... Es decir, como abultado, sí que lo es; pero no de apellido...

En cuanto a las relaciones particulares, y descontada la natural amistad, ella tiene su marido, el simpático y buen actor Emilio Díaz, y él, su buen humor... ¡Se vive!

Contra mi deseo, no me fué dado *interviuvar* a la Plana, cuyas excusas tuvieron todo el peso de una razón en absoluto convincente:

—Mire usted, con toda sinceridad, es que me molesta, me molesta...

Y le cargó a su marido el mochuelo de la *interviú*.

Yo me libré muy bien de insistir. Ante todo y sobre todo, la galantería con el sexo llamado bello. ¿La molestaba? Nada; pues dejarlo. ¡No faltaba más!

Pero me asaltó una duda. Yo tengo idea de haber leído algo, y aun algos, referente a *interviús* celebradas con La Plana. ¿Por qué la molestarán ahora? ¡Pchs!... Yo he cumplido como debía... Además, si la molestan, lo mejor, y lo que procede, y lo más galante, es no hacérselas.

Y me dirigí, tarareando una canción de moda, al camarín de Luis Llano.

—¡Vengo a *confesarle*!

—Bueno; pues usted dirá...

—Cuénteme algo de su vida.

—¿Yo? ¿Qué le voy a decir? Lo que usted quiera... Pregúnteme.

—¿Dónde ha nacido usted?

—¿Dónde he nacido yo? ¡Ahí es donde yo muero!

Emilio Díaz, en cuya presencia celebrábamos la entrevista, intervino:

—¡Eso no lo diga usted, hombre!

Llano le contradijo:

—¿Por qué no? Si quiere decirlo...

Y dirigiéndose a mí:

—¡Nací en Barbastro!

—¿Y Antonia?

—Antonia es madrileña.

—¿Cuándo empezó usted a trabajar?

—¡Ya va para largo! En el colegio de frailes de El Escorial, donde yo estudié el bachillerato. Allí trabajé como aficionado; después, aprovechando que mi padre tuvo que irse a Filipinas, me lancé a las tablas, y cuando regresó, yo, llamado a ser militar, como él, era

casi todo un señor cómico... ¡meritorio de Lara! He trabajado con Thuillier y con la Pino, con Tallaví, con la Guerrero, cuando se estrenó el *Cyrano*, con la Tubau... También la Antonia trabajó con la Tubau, ¿no?

—Si usted lo dice...

—No, si esto del no es una costumbre que adquirí en América. Una mala costumbre, ¿no? Argentino puro, ¿no?

—No... Digo, sí...

Reimos. Llano prosiguió:

—En nuestra compañía, nos conocemos tan bien y es tal la compenetración, por el tiempo que llevamos juntos, que sabemos, antes de un estreno, hasta quién se va a equivocar y en qué pasaje de la obra. Esto es una ventaja enorme, ¿no?

—Desde luego... Y dígame; usted, como vulgarmente se dice, vale lo mismo para un barrido que para un fregado: igual hace *Juan José* o *El Místico,* que *La Concha* o *El palacio de la marquesa;* pero ¿qué género le gusta más?

—Siendo bueno, todo, ¿no?

—Usted sabrá...

—Sí, ahora es sí; en siendo bueno, todo. Claro que por alguno sentiré mayor inclinación... Dentro de lo bueno, prefiero la alta comedia. Lo cómico me gusta más que lo serio; pero, ¡no crea usted que no!, he representado mucho lo serio. En Bilbao hice once veces el *Juan José.* ¡Como que Dicenta me telegrafió lleno de extrañeza! Fundadamente, ¿no?

—¿Qué obra representa con más gusto?

—Hace uno tantas, que es difícil distinguir, ¿no? En general, ya le digo que lo cómico me gusta más que lo serio. En la temporada actual, yo creo que he actuado en más de cuarenta *frescos.* ¡Es hacer demasiado el *fresco!*

—Mientras lo haga usted a gusto del público...

—El público es bueno... Todos los públicos son buenos, ¿no? En Madrid hay un público especial, que no lo hay en ninguna parte: el público de los estrenos. ¡Yo estoy muy contento!... Y tengo también muy gratos recuerdos de los públicos de Valencia, Bilbao y Barcelona. En cuanto al de Madrid... Podemos asegurar que el Infanta Isabel es casi el

único teatro que ha ganado dinero. ¡Algunos miles de pesetejas nos han quedado! Y eso es lo mejor, ¿no?

Sacó una pitillera y nos ofreció un cigarro. Charlamos un rato de cosas indiferentes. Luego, reanudé el interrogatorio:

—¿Cómo estudia usted?

—No soy de los que más estudian, para qué le voy a mentir. Lo cómico, ni lo miro; en lo serio, estudio algo más; pero no la letra, sino el espíritn del papel. Poco, y eso poco, antes de meterme en la cama. Quien es una notabilidad es Antonia, porque tiene una gran memoria y un oído...

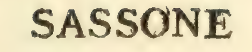
Calló un momento, mientras que se hacía el nudo de la corbata. De pronto, volviéndose, me dijo:

—Y si quiere contar algo de mis aficiones, sepa que me disloco por los toros. ¡Es una fiesta que me encanta! Mi torero, y buen amigo, es *Joselito*. Yo digo que es el mejor, ¿no? También tenemos gran amistad con *Fortuna*... En esta vida que llevamos los artistas, rodando de pueblo en pueblo...

La conversación se desvió hacia el tema de los toros. No podrán quejarse *Joselito* y *Fortuna* de Luis Llano: buenas ausencias les guarda...

Salí del teatro a las tantas de la noche. Para librarme de las impertinencias del airecillo que corría, me tapé con la bufanda hasta los ojos...

Pues, señor, Antonia Plana y Luis Llano son dos figuras interesantes dc veras, ¿no? ¡Lástima que a ella le molesten las *interviús!*



SASSONE

—Haga usted constar lo primerito—comenzó diciéndome Sassone—que yo nací el año mil ochocientos ochenta y cuatro, de modo que no he llegado todavía a la edad de Cristo. Me interesa bastante que se conozca este dato, porque no me conviene que mis prematuras canas me hagan pasar por menos joven de lo que soy.

—Usted nació en Lima, ¿verdad?

—Sí. Y mi padre, en Italia, donde yo pasé mi más tierna infancia. ¡Bello país!

— Cuénteme usted algo de su vida, Sassone; hay en ella, según tengo entendido, cosas muy originales y curiosas...

—¡Ah! ¡Mi azarosa vida!... ¡Mi vida llena de aventuras!...

Y Sassone, a quien un distinguido literato ha calificado acertadamente de «pluma meridional, puñal florentino», hundió los dedos en la espesura de su cabellera crespa y grisácea' toda enmarañada, recostó la cabeza sobre la almohada de la cama en que yacía y...

—Yo fuí torero en tiempos... Vamos, no es precisamente que fuera torero profesional, sino que hice una escapada tauromaca por los estados de mi nación, correría que duró unos cuantos meses, durante los cuales toreé bastante... y hasta tuve mis cogidas...

—¿Hacía usted algo más que cultivar sus aficiones al toreo?

—Sí; estudiaba. Tenía ya el grado de bachiller; luego, estudié varios años de abogacía, uno de medicina y un par de ellos de filosofía y letras. Mi profesor de literatura era un clásico de veras, y me forzó a estudiar mucho latín y un poco de griego, haciéndome trabajar por composiciones. Aquel buen señor, hombre de gran talento, fundó un periódico titulado *El Espectador*, en el que llegué a escribir revistas de toros con el pseudónimo de

«El nene». He leído mucho de toros: yo creo que todas las obras de tauromaquia y todo lo que han escrito Sánchez de Neira, Peña y Goñi, Mariano de Cávia... ¡Qué sé yo! Por aquel entonces, toreaba a los chicos, a las sillas, a todo lo que se me ponía por delante; vivía entre toreros; me ufanaba por contemplar sus trajes de lentejuelas fulgurantes, por estrecharles la mano... A los trece años me enamoré por primera vez... ¿Eh?

—Nada, nada; todo esto es muy interesante. Siga usted.

—Después me enamoré muchas veces, muchas veces... ¡Y siempre que me enamoraba hacía versos!... En literatura obtuve siempre los primeros premios.

—¿Y le ha producido mucho la literatura?

—¡Oh! ¡No crea usted que la pluma ha convertido en rosas todas las espinas del camino de mi vida! Hasta mil novecientos once, año en que fuí a Buenos Aires, me morí literalmente de hambre; el once y el doce gané unas dos mil pesetas mensuales, que me gasté alegremente; el trece y el catorce fueron años

muy malos; el quince gané al pie de unas seis mil pesetas; y el diez y seis, cuatro mil duros.

—Continúe usted el relato de su vida.

—A las correrías taurinas siguieron las menos productivas y acaso más peligrosas escapatorias de carácter político; y así anduve de mal en peor hasta que se me puso entre ceja y ceja ser tenor. ¡Y lo conseguí! Volví a Italia y me presenté al público en el teatro Bellini, de Catania, en Sicilia. Canté la *Manón*, de Massenet, y actué con éxito; pero perdí la voz y tuve que largarme con la música a otra parte. En París, para poder vivir, canté para fonógrafos... En fin, tras mil penalidades y privaciones, en Barcelona me dió por escribir *Malos amores*, novela semejante a la *Safo*, de Daudet. Gustó, y ya ve usted: escritor. ¡Un hombre que ha nacido para director de escena! Se lo aseguro...

—¿Cómo trabaja usted?

—Tengo por lema el desorden. Tardo mucho en comenzar a escribir; pero una vez pensado y estudiado un asunto, empleo no más de tres o cuatro días para cada acto.

—¿Qué efecto le producen los estrenos?

—¡Miedo insuperable! Me voy del teatro cuando se levanta el telón y no vuelvo hasta el final...

Tras una ligera pausa, continuó:

—Mi padre fué durante mucho tiempo empresario del teatro de San Carlos, de Nápoles. Acostumbrado yo a vivir entre bastidores y a tratar desde chiquito con comediógrafos, pronto sentí gran afición por el teatro. Así fué transcurriendo el tiempo, hasta que vine a Madrid. Aquí, mi primera visita la dediqué a Benavente, por quien sentía y siento gran admiración. Cuando D. Jacinto fundó el *Teatro de los niños*, en el Príncipe Alfonso, me encargó una comedia, que yo hice de un cuento titulado *Il piccolo scrivano florentino*, del libro *Corazón*, de Amicis; titulé mi obra *El último de la clase*, y el propio Benavente la leyó a los cómicos y dirigió el primer ensayo.

Hubo un breve rato de reposado silencio, que Sassone aprovechó para tomar aliento en la meditación.

—Ahora diga usted— prosiguió— que la crí-

tica me ha tratado cariñosamente, aunque con más cariño a la persona del escritor que a la obra misma, observándose que siempre me han elogiado más la obra anterior. ¡Mi bolsillo no puede agradecer esto! Yo pienso hacer con el tiempo la crítica de mis obras, cuando se convenzan los críticos de que no hay en ello falta de respeto... Le anticiparé un extracto. No me gusta completamente ninguna de mis obras; pero la que prefiero, por ser más mía, es *Lo que se llevan las horas*; aunque reconozco un esfuerzo mayor y un pensamiento más noble en *El intérprete de Hamlet*. Me gustan mucho los actos tercero y cuarto de esta obra, el primero de *La princesa está triste* y el primero de *Los ausentes*, cuyos actos segundo y tercero creo abominables, malos por apañados, por preparados los efectos, no por lo que la crítica ha dicho, sino por algo que se verá en su día, cuando aparezca mi autocrítica. Todo lo anterior a *El intérprete* me parece despreciable. Esta obra es una forma de comedia personalísima, que no se parece a nada ni a la manera de nadie,

mezcla caprichosa de elementos cómicos y trágicos; *Lo que se llevan las horas* es a la manera italiana moderna de Giacosa, Bracco y aún de Sabatino López; *La princesa está triste* es a la manera de Flers y Caillavet y de Tristán Bernard; y *Los ausentes* es la más española de todas, por la forma y por el espíritu. El hecho de que siendo la más española sea la que menos ha gustado, ha producido en mí un pequeño desaliento y cierta desorientación, de los que me curaré escribiendo la próxima obra, en la que ya estoy metido de hoz y coz.

—¿Título?

—Probablemente, *Renovarse o morir*, lema de D'Annunzio. Ha nacido en mí a la vez que otras cuatro, a las que daré cima durante el año mil novecientos diez y siete... si acabo el año, que no lo creo, pues moriré antes...

—¿Es usted supersticioso?

—¡Mucho!

Enmudeció, pensativo, esbozó una sonrisa de amargura y añadió:

—Me tendrán que enterrar los amigos, porque no tengo apego al dinero... Tengo to-

dos los vicios propios de un hombre... El juego me encanta porque anula el tiempo, no por codicia. ¡Una mesa de juego es el supremo olvido! Tengo la manía bibliográfica. Todas estas cosas, y el vino y los licores, se me llevan el dinero. Las mujeres no me han costado hasta ahora sino lágrimas y sangre. Me gustan mucho; el día que no he hablado con una mujer, creo que he perdido el día. Adoro las armas, las corridas de toros, el café bueno, el leer versos a un amigo que entienda y el andar bajo la luna a altas horas de la noche, solo o acompañado de un amigo que me quiera mucho, que me compadezca mucho... Soy demasiado nervioso, mortifico a la gente que aprecio... Pero tengo verdadero culto por la amistad, aunque creo poco en los amigos... Mi tendencia es a perdonarlo todo: no sé guardar rencor, no odio a nadie... Soy decidido católico, apostólico, romano... Y español antes que nada: antes que persona y antes que cristiano. ¡Madrid me gusta como ninguna población del mundo!

—¿Algo más?

—No... Es decir, sí: aborrezco la novela por entregas, los valses vieneses, el acordeón y las levitas.

Si alguien dijere ser comento, según me lo contaron. .



THUILLIER

Apoyando el codo en la pared y la cabeza en la mano, con la mirada perdida en lo imaginario, como si vislumbrase algo en la confusa lontananza de los tristes recuerdos, el insigne comediante me hablaba del estreno de *Juan José*, la obra cumbre de Dicenta, pronunciando paulatinamente las palabras, con voz un tanto velada por la emoción, con la voz apagada que suele usar la tristeza cuando habla de las cosas que fueron...

Aquella noche de triunfo trae hogaño a su mente la imagen de una madre que ya no existe, de la suya, y a su alma el doloroso frío de la ineluctable ausencia...

Dejando caer las sílabas débilmente, con intervalos entre cada frase, expresaba Thui-

llier las incidencias del estreno, cuyo definitivo éxito presenciaron y compartieron dos madres: la de Dicenta y la suya; y en los ojos del actor, a punto de ser nublados por las lágrimas que pugnaban por aparecer en ellos, adiviné el sentimiento de un corazón que rememoraba las añoranzas de la ya desaparecida madre que le dió el ser.

Al cabo de un buen rato de silencio, y sin cambiar la postura ni la vaga dirección de la mirada, Thuillier exclamó:

—¡Ay! Aquella noche, cuando el telón se alzaba repetidas veces ante las clamorosas ovaciones del público, ni mis ojos veían a los espectadores ni mis oídos escuchaban los aplausos; tan sólo me daba yo cuenta del llanto de alegría de aquellas dos viejecitas, ¡pobres madres!, que desde sus palcos respectivos contemplaban a sus hijos, a Dicenta y a mí, amorosamente, orgullosamente...

Y añadió, torciendo el curso de sus ideas:

—Yo pretendo ahora que se represente *Juan José* todos los años en un día determinado, que bien pudiera ser el primero de Mayo,

fiesta de los trabajadores; pero no sé, no sé... ¡Allá veremos!

De pronto, con ademán nervioso, pasóse la mano por la frente, gesto ahuyentador de los malhadados pensamientos que bullían en ella, y me rogó que hablásemos de otra cosa. Yo encauzé la conversación hacia los tiempos actuales, comentando los derroteros de la mayoría de los autores y la crisis que atraviesa el teatro de las naciones europeas a causa de la guerra.

—¿No le parece a usted, don Emilio, que nuestros autores, salvo contadas y honrosas excepciones, no laboran con mucho acierto en pro del prestigio de nuestro teatro, y que el público...

No me dejó concluir.

—¡Quiá! ¡quiá!, amigo mío; cierta es la crisis de nuestro teatro, pero no es comparable, ni con mucho, a la del teatro extranjero; y respecto a la libre astracanada, cuanto más se cultive, mejor: así el público se cansará pronto de tener mal gusto, que lo que no es bueno hastía cuando no se toma en pequeñas dosis.

—Sí, don Emilio, es verdad; pero son pocos los que valen para enseñar al público a tener buen gusto... Y si esos pocos rompen la pluma o la cuelgan de una espetera, como aseguran de Benavente...

Una carcajada fué la primera respuesta que obtuve.

—¿Que Benavente deja de escribir? ¡Pero en que cabeza humana, hombre de Dios, puede caber tamaño absurdo!

—¡Ojalá no sea cierto! Eso sería un delito de lesa patria, y no es de presumir que don Jacinto... Y diga usted, don Emilio, ¿qué autor es su preferido?

—¡Vaya una preguntita! Admiro a Benavente, a Linares Rivas, a los Quintero... Yo estrené la primera obra del maestro, *El nido ajeno*, y he estrenado muchas de sus obras.

—Vamos, que su favorito es don Jacinto.

—Hombre, le prefiero porque hace el género más a propósito para mí: la alta comedia. En el transcurso de nuestra charla, Thuillier me fué poniendo al corriente de su vida teatral. Aun no tenía diez y ocho años cuando

vino de Málaga, su ciudad natal, exclusivamente para estudiar la «carrera de cómico» en el Conservatorio. Quien andando el tiempo había de ser primer actor con la Guerrero y Mendoza y director de la Compañía de Lara, se presentó por primera vez al público en el teatro de Novedades; quien había de llegar a inclinar el busto ceremoniosamente ante las muestras de agrado y beneplácito de manos perfumadas, enguantadas finamente, oyó los primeros aplausos de las verduleras de la plaza de la Cebada. ¡El, tan correcto y exquisito en la conversación y en el trato, tan aristocrático en el gesto, tan gran señor en todo!... Luego, la Compañía de Mario y Cepillo; después... De una en otra fuimos a parar a la que formó con la Xirgu hace algunos años.

—Para una vez, basta—me dijo—. Fué un mal paso que nunca debí de haber dado, porque... Pero dejemos a un lado esto: es mejor no hablar de ciertas cosas.

Yo insistí despiadadamente. El tono de contrariedad con que hablaba excitó mi malsana curiosidad.

—¿No le gusta la Xirgu, D. Emilio?

—Mire usted, a mí lo que no me gusta es emitir opiniones sobre mis compañeros; pero si alguna vez hablo de ellos, digo francamente lo que me parecen, sin ocultar lo que pienso ni disimularlo con hipócritas eufemismos, como... X. Y ya que usted me incita, le diré que la Xirgu es, a mi entender, el «Champagne Codorniú» de las actrices. No creo en ella: eso es todo. Puede usted decir que no creo en ella.

Y para apartarme del escabroso tema, me apremió:

—¿Qué más quiere saber? Pregúnteme.

—¿Qué público le agrada más?

—Madrid; nada más que Madrid.

—Sí, para los actores de su talla...

—No; para todos, para todos. Es el mejor público que conozco: da gusto trabajar ante él.

—¿Cuándo estudia usted los papeles?

—De noche y en la cama siempre. Todo lo bueno y todo lo malo se me ocurre en la cama. ¡Palabra!

Reímos la picante agudeza, y yo, con peor intención que un marrajo de Miura, dije:

—¡Es verdad!... La cama nos sugiere ideas de amor y de dolor... ¿Cuáles son sus aficiones?

—Comer dulces y jugar al tresillo. ¡Ya ve usted qué frivolidades! Y luego dicen por ahí... Pero no haga caso. Yo no soy ni más ni menos que los demás, y le digo muy seriamente que me deleitan como nada los dulces y el tresillo.

—¿Ha ganado usted mucho dinero?

—Al tresillo, poco: para dulces.

—Y en el teatro...

—Bastante, bastante; pero azares de la vida y desdichas de familia me lo hicieron perder todo, todo...

El rostro jovial de Thuillier se entristeció. Por el cielo despejado de su frente, debió de pasar un nubarrón de pesadumbre... Y en mi memoria se fueron sucediendo los capítulos de cierta penosa historia...

El transpunte de Lara vino con gran oportunidad a sacarnos de aquella situación harto embarazosa.

—D. Emilio...

Nos despedimos El gran actor se dirigió hacia el escenario, donde tendría que disimular el dolor de su alma en beneficio de la sarcástica veracidad de la farsa. La figura elegante del prócer farandulero, pulcramente ataviado con un caprichoso traje de chaquet color gris perla, desapareció entre dos bastidores... ¡Tal vez aparecería en escena pronunciando una frase jocosa, o un chiste, o riéndose a carcajadas!...



VILCHES

Hace algún tiempo, en un café donde acostumbran a reunirse algunos autores, cierto eximio dramaturgo, ya retirado y cuyo nombre no hace al caso, reconvenía en cariñosos términos no exentos de acritud, en el tono a que sólo dan derecho los años, el prestigio y la familiaridad, a otro joven autor, de cuyo nombre no quiero acordarme. A juzgar por el gesto un tanto despectivo con que los consejos eran escuchados, por el tonillo zumbón de las evasivas con que las preguntas eran contestadas, por la casi descortesía con que la cuestión era manifiestamente eludida y por las chirigotas que al dramaturgo viejo le gastaba el autorzuelo joven, debían ser muy estrechos, íntimos, familiares, los vínculos que unían a las dos personas.

—Predícame, padre, que por un oído me entra y por otro me sale...

—Sí, ya sé que predico en desierto, que machaco en hierro frío; pero has de concederme, querido...

El venerable anciano, encarnación simbólica de la «dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados», argumentaba con cálido verbo, espetando al adolescente una vibrante retahila de consideraciones justísimas, viriles, concienzudas, serias y harto contemplativas, todas ellas encaminadas a restaurar los fueros del arte dramático, que yace postergado en el olvido y carcomido por la indiferencia; el jovenzuelo, ahito de ideales gloriosos antes de haberlos ni tan siquiera vislumbrado, mero buscador de oro, del vil metal «que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima», se limitaba, entre chanza y chanza y ademanes de hastío, a encogerse de hombros desdeñosamente, como diciendo: «Echame trigo y llámame gorrión.»

Aquella conversación trajo a mi pensamiento, una vez más, el problema del teatro en

los actuales y calamitosos tiempos. Los oídos me zumbaban: astracanadas, *vodeviles*, traducciones; astracanadas...

Y en esta situación de ánimo encaminéme a casa de Vilches, el excelente, popular y simpático actor, pensando en la malsana sugestión que sobre los autores incipientes ejerce la manera victoriosa y novísima de hacer obras teatrales.

¡Tal vez había llegado la hora de todos y se trocaba en realidad la visión percibida por nuestro gran satírico!...

—Usted es casado, ¿verdad, amigo Vilches?

—No, señor... ¿Casado yo? Ni tengo hijos... ¡Qué he de tener! Pero busco novia, ¿eh? A ver si pican y cae alguna...

—¿Qué es lo que usted detesta más en el mundo?

—Las mujeres. ¡Oh! Son detestables, detestables...

—Por eso no se casó usted...

—Y por eso busco ahora novia.

—¿Y qué le gusta más?

—Me horroriza la música, odio al automóvil, me apesta el viajar y conocer mundo... ¡Ah! Para que haga las comedias casi me tiene que conducir la Guardia civil...

—¿Vicios?

—La borrachera me domina; en cambio, jamás jugué una peseta.

—¿Y virtudes?

—Todas... o casi todas; porque todas las *Virtudes*, en siendo guapas, me gustan. ¡Vaya!... Soy un egoísta; no enseño nada a nadie; mis cómicos no me respetan...

—A propósito de cómicos; ¿quiénes le parecen los mejores?

—Muchos, muchos, muchos... Sobre todo, los de los latiguillos y los de sistema anticuado. Borrás, Morano, Mendoza, Bonafé, Simó Raso y algunos otros me parece que han errado la carrera. Entre las actrices, la Xirgu, la Pino y mi comadre la Guerrero pueden pasar... ¡Adelante! Merceditas y Rafaelita, agréguense Vargas y Abadía, me gustarían si fueran bonitas. Y la actriz que tengo, la López Heredia, creo

que, por lo contrahecha y poco estudiosa, dentro de poco se tendrá que retirar...

—¿No le agrada la compañía que tiene usted?

—Quite allá, hombre. ¡Si es detestable! Siguiendo algunos moldes, he procurado una compañía de muchachas de cara fea, las más vizcas y picadas de viruelas, y de muchachitos que detestan la diversión y que ya están cansados de la vida... La única jovencita que tenía era la Gámez, y se marchó...

—Así se explica la campaña que hizo usted en el príncipe Alfonso.

—Sí; fué mala, francamente... Los viernes, por ejemplo, dió en ir lo peor de Madrid... El teatro estaba siempre vacío, porque todo el mundo decía que las obras se ponían muy mal... Y acabé por ganar un dineral y aburrirme.

—Y dígame, ¿qué público le parece menos malo?

—El que entra gratis, porque no critica nunca, ¡nunca!

—¿Qué autor prefiere?

—Españoles, aparte de Cienhigos, Benaven-

te parece que promete... Creo que si se decide a escribirme algo, podría llegar... Por más que yo haría la obra con mucho disgusto; pero, ¡qué remedio!, no todo ha de ser bueno.

—¿Qué género le gusta más?

—El de punto, porque se adapta... a todas mis condiciones.

—¿Qué opina usted del teatro?

—Que con salir a escena con la cara limpia y decir cuatro cosas mal aprendidas, pensando egoístamente en uno y no en los demás, sin preocuparse del conjunto, de la presentación escénica, ni de nada de eso supérfluo y ridículo, creo que es como se alcanza fama y dinero.

—Y el día que tenga usted todo eso, ¿qué piensa hacer?

—Retirarme y contar el dinero que he ganado en mis excursiones por América.

—¿Esa es su ilusión?

—No; mi ilusión... ser muy delgado y no manejar dinero. Eso es peligroso... ¡Cómo cría cardenillo!...

Vilches, para darme a entender que la conversación había terminado, me agarró de las solapas y me puso de *patatitas* en la calle. ¡Qué descortesía! Pero no; yo tuve la culpa ¿Por qué le dije que todo lo hiciese al revés?

Llegué a creer que lo que me había dicho Vilches era verdad... Y hasta me pareció sentir cierto dolorcillo en salva sea la parte, producido por algún puntapié que me diera el actor como prueba de afecto y en señal de despedida...

Los oídos me zumbaban: astracanadas, *vodeviles*, traducciones; astracanadas...

Debe de ser verdad, efectivamente, que el mundo se ha vuelto loco...

¿Quién sabe? ¡Tal vez la cordura no sea lo mejor!



VIVES

Me dirigí a la calle de Alfonso XII sin cuidarme de averiguar el número de la casa en que habita el insigne compositor catalán. Sólo cuando me vi junto a la verja del Retiro caí en la cuenta de que había olvidado aquella insignificante gestión previa... Y, como los héroes de las novelas de capa y espada, exclamé en alta voz:

—¡Pardiez! ¿Seré atolondrado? ¡Si no sé a dónde voy!...

Mas no era cosa de apurarse... ¡Bah! Un poquito de paciencia, que no tardaría en dar con lo que buscaba... Reducíase todo a recorrer de punta a punta la calle de Alfonso XII... ¡Y elegí con tal acierto, que me fuí al final de la calle, y el maestro habita en el principio!

De mis pesquisas por las porterías, saqué una conclusión que dice muy poco en favor de los porteros de Madrid: no deben de ser aficionados a la música, porque no conocen a Vives. ¡Tanto peor para ellos!

Casi todos me respondieron lo mismo:

—¿Don Amadeo Vives? No, señor; no le conocemos...

Hasta que llegué, ¡por fin!, a una portería en la que me indicaron el domicilio que buscaba:

—Vives... Vives... ¡Ah! Sí; ahí al lado, en el cuatro...

A los tres minutos, ya estaba sentado frente a frente del autor de «Maruxa»...

Me recibió en su despacho, donde una gran mesa de trabajo, un piano y una biblioteca repleta de libros eran los muebles que más se destacaban.

Vives me saludó afablemente, no sin dirigirme una ojeada escrutadora, y me alargó la mano izquierda, pues apenas si puede separar del cuerpo la derecha.

Encima de la mesa, unos pliegos de papel

pautado, en algunos de cuyos pentágramas saltaban ya los signos musicales, indicaban que Vives había interrumpido la tarea para recibirme.

—¿Trabajaba usted, maestro?

—Ya lo ve...

—¿En la mesa de despacho, como cualquier escritor sobre las cuartillas?

—Como todos los que sepan música... Esos que se sientan al piano y van sacando compases a fuerza de teclear no son músicos; son... lo que usted quiera menos músicos, ¿eh?

Cogió los papeles de música y me los presentó. Yo leí: «Todo el mundo en contra mía» Los volvió a dejar sobre la mesa y quedóse mirándome fijamente. A mi vez, yo le miraba con atención, examinándole. Parecíamos, en nuestro mutismo, dos adversarios que se miden recíprocamente con los ojos antes de acometerse.

Amadeo Vives, con su rostro completamente rasurado y su sonrisa un tanto burlona, tiene todo el aspecto de uno de aquellos aba-

des que tanto dieron que hablar, que temer y que admirar allá por los revueltos años de nuestros tatarabuelos... Sus ojos, que pestañean sin cesar o permanecen absolutamente inmóviles, tienen algo de diabólicos y de angelicales, como si el cielo y el infierno les hubieran prestado los fulgores del genio y la malicia humana...

Al cabo de un ratito de mutua observación, rogué al maestro que me contase algo de su vida.

—Se la contaré a grandes rasgos, muy a grandes rasgos, porque ¿a quién puede interesar mi vida? Además, ya se ha contado todo lo que se podía contar de mí...Nací en Collbató, un pueblecito que se levanta en las faldas del Monserrat, y allá viví hasta los nueve o diez años, a cuya edad me fuí a Barcelona... ¡y empezó Cristo a padecer! Durante muchos años he luchado lo indecible para poder mal vivir... En Barcelona fuí monaguillo y estudié la música, hasta que marché a Málaga, unos cuatro años después, para dirigir una banda que había organizado un hermano mío, fraile

por más señas. Como del templo pasé a las inmediaciones del convento, nada de particular tiene que compusiera música religiosa... Volví a Barcelona, donde tuve que cantar en las iglesias, y otra vez a Málaga, igual que antes... Hasta que lo dejé todo, cansado y aburrido, y me lancé a la verdadera lucha. ¡Y qué lucha! Tan pronto fuí director de orquesta como buhonero, y llegó un día en que tuve que comerme la mercancía...

Hizo una pausa, para liar trabajosamente un pitillo, y prosiguió:

—Cuando pude y como pude, vine a Madrid, y aquí, para poder vivir, me vi precisado a ofrecerme desde camarero hasta mozo de carbonerías; mas no quisieron admitirme, y otra vez dieron mis huesos en Barcelona... Toqué el piano en los cafés, di lecciones, fuí maestro de capilla, escribí en los periódicos artículos de arte, pronuncié discursos políticos, compuse canciones para coros, misas, motetes... ¡Y a todo esto, durmiendo por las escaleras muchas veces! Y luchando, luchando como un desesperado, me dió por el teatro, lle-

gué a estrenar en Novedades mi ópera *Artús*, que alcanzó buen éxito, y ya pude trasladarme definitivamente y en mejores condiciones a Madrid.

—Y aquí, por fin, a triunfar, ¿verdad?

—¡Cá, no lo crea tan fácil! Primer estreno, de una obra titulada *La primera del barrio*, primer pateo.

—Les habrá cogido usted miedo a los estrenos, ¿eh?

—¡Pchs!... Me producen la impaciencia que puede sentir el candidato que no sabe si obtendrá los votos suficientes para ser diputado... Mi primer éxito en la Corte fué *Don Lucas del Cigarral;* después...

Su exagerada modestia le puso a él un punto en la boca y me movió a mí a completar el período.

—Después del *Don Lucas*, maestro, *La balada de la luz*, *Bohemios*, *Maruxa*, *El tesoro*... ¿Cuál de ellas prefiere usted?

—Ninguna; no tengo preferencias...

—¿Ni en los demás tampoco? Usted es creyente de la Santísima Trinidad Wagneriana:

Haydn, Mozart y Beethoven; pero ¿quién es su favorito?

Tardó un momento en contestarme lo que ya yo barruntaba, conociendo su educación musical:

—¡Mozart!

Añadid a este glorioso nombre, que representa en este caso la técnica de los grandes maestros y la inspiración del genio, un plausible y patriótico deseo de crear la escuela española sobre la base de los cantos populares de las regiones, y tendréis a Vives.

La conversación derivó hacia los temas que, fuera de la música, le atraen seguramente con mayor fuerza: la lectura, la política... En esto, su acento catalán me hizo sospechar que bien se podía dar por entendido lo que no manifestaba expresamente...

A propósito de los acentos, el maestro Vives me dió una verdadera conferencia. Según él, es innegable la perpetuidad del tonillo con que se aprende a hablar. Para los músicos, resulta fácil conocer la naturaleza de una persona por el dejo de su acento; aun a través

de los años, todo el mundo puede adivinar, por el especial acento del habla, si la persona es castellana, vasca o aragonesa, gallega, catalana o andaluza.

Y, para despedirse, terminó, respondiendo a una frase mía de cumplido:

—Desengáñese usted, amigo mío, que ahora es menos importante hacer otra *Maruxa* que resolver el problema de los transportes. Todos somos iguales en esta tierra; no hay mejores ni peores; todos necesitamos unos de otros... ¡Yo no podría vivir sin mi cocinera! Unos valen para una cosa y otros para otra. Un músico, por ejemplo, no sabría cortar ese traje... El acierto está en eso precisamente: en acertar. Por lo demás, el mérito de las personas es muy relativo. Según le oí decir en un sermón al padre Manterola, desde el Papa hasta el último cura de aldea, todos son iguales: lo más grande es decir misa... ¡Pero todos iguales!



LA XIRGU

Una voz suave como una melodía me atrajo hacia un camarín contiguo al señorial «saloncillo» de la Xirgu.

—Pase usted. Tengo un verdadero gusto...

La eminente actriz, ataviada elegantemente, me tendía la mano con su natural distinción y cordialidad, mostrando en los labios el encanto de su sonrisa...

—¡Si supiera usted el miedo que yo tengo a las *interviús!*...

En aquel preciso momento, el eximio Benavente penetró en el camarín; le saludé, y don Jacinto se retiró con suma discreción, y tal vez con algo de precaución, al ver que se trataba de una de las tan temidas entrevistas..

—¿Lo ve usted?—comentó ella rápidamen-

te—¡Todo el mundo tiene miedo a las *interviús*!

Y como si pretendiera deshacer con el exorcismo de su risa el maleficio imaginario, se reía, se reía seductoramente, con esa risa femenina que cautiva el corazón, con esa risa genuina de las mujeres que no es sino la transformación del canto melodioso con que las sirenas arrastraron a Ulises, el marido de Penélope...

Si entonces D. Jacinto hubiera vuelto a entrar en el camarín, habría visto confirmadas una vez más aquellas palabras del prólogo de *Los intereses creados*: «Que nada prende tan pronto de unas almas en otras como esta simpatía de la risa.»

Tras unos cuantos escarceos preliminares, como si no se decidiese a responder a mis preguntas, la Xirgu se lanzó denodadamente al precipicio de la *interviú*, expresándose con su acostumbrada verbosidad.

—Yo nací en Molins de Rey, un pueblecito muy chico de la provincia de Barcelona. Con mi persona vino al mundo mi afición al teatro.

Figúrese que aprendí a leer, en mi más tierna infancia, para poder estudiar cuantas obras teatrales caían en mis manos. Así, cuando fuí al colegio, se quedó pasmada mi maestra de que yo solicitara para la lectura un libro manuscrito. Aquella buena señora...

Mientras la Xirgu hablaba, yo la contemplaba con cierto arrobamiento, pretendiendo en vano inquirir la psicología de sus grandes ojos, negros como el pecado, profundos como un abismo, impenetrables como un misterio, atrayentes como el peligro... Ojos negros, rasgados, que miran fascinadoramente, que marean con su incesante ir y venir, que no dan lugar a reparar en las facciones del rostro que adornan tan bellamente...

La Xirgu, en escena, vista desde lejos, no produce la impresión de ser bella. ¿Cómo ha de producirla una *Marianela*, pongo por caso, que se presenta descalza, con unos andrajos por toda vestimenta, con el pelo encrespado enmarañadamente y el rostro desfigurado por coloretes que buscan la fealdad? Pero la Xirgu, desde cerca y sin pintarrajear, causa el

buen efecto de las mujeres que tienen ese algo tan delicioso que las hace admirables y apetecibles, aunque no se hallen dotadas de la perfecta hermosura de una escultura helénica... Además, así fuera tosca de líneas y fea de conjunto, sus ojos extraordinarios le darían condición de bella. ¡Aquella mirada!... ¡Aquellos ojos!... Son ojos de mujer y ojos de gran actriz dramática: ojos que saben de las ternuras del amor y del fuego infernal de la tragedia...

Aunque habla cabalmente el castellano, la Xirgu, en la terminación de algunas frases, arrastra levemente cierto deje de acento catalán.

Como si no parase mientes en el examen ocular a que yo la estaba sometiendo, ella proseguía, imperturbable:

—A los trece o catorce años, trabajé, por vez primera, en compañía de unos aficionados. Hice la Curra del *Don Alvaro o la fuerza del sino*. ¡Hay que ver! ¡Empezar con la Currita! ¡Más mono es el papel!... Después continué representando, en catalán siempre, hasta que debuté como dama joven, con *Mar y cielo*, de

Guimerá, en el Romea, de Barcelona. Entonces ganaba yo, asómbrese usted, ¡ocho pesetas diarias! ¡Y eso que ya me repartían algunos papeles de actriz! A la temporada siguiente, me fuí al Principal, más que por las quince pesetas de sueldo, pues en Novedades me ofrecieron veinticinco, porque aceptaron una obra, *Juventud de príncipe*, que yo quería estrenar. Luego... Ya ve usted. ¡Hasta hoy!

—¿Es *Salomé* su obra preferida?

—Yo no tengo preferencia por ninguna obra. Según las voy representando, como todas me gustan... Y como cada día voy aumentando mi repertorio...

—Estudiará usted mucho, ¿no?

—¡Ya lo creo! Estudio al terminar la función de la noche, bien arrellanada en una butaca, para no tener frío... ¡Lo importante es la butaca! ¡Oh! Yo no puedo tener frío, porque el frío me pone muy nerviosa.

Y estremecióse con un sacudimiento voluntario, para demostrar el terror que le inspira la sola idea del frío. En seguida cruzó las manos, en mística postura, sobre el pecho, y

prosiguió, inclinando la cabeza y entornando los ojazos con un gracioso mohín:

—En la butaca no hago más que estudiar la parte material de los papeles, aprendérmelos de memoria; la música viene luego... Yo le digo la música a los matices, a los tonos...

—¿Y cuánto le ha producido económicamente esa «música» que tanta fama le ha dado?

—Bastante; pero no es fácil calcular. ¡Gasta una tanto!... Menos mal que el negocio marcha muy bien.

El transpunte vino a pedir permiso a la Xirgu para reanudar la representación:

—¿Se puede empezar?

Ella contestó afirmativamente.

—Dígame, para terminar, ¿qué aficiones tiene usted, Margarita?

—Leer.

—¿Y los toros?

—También me gustan, sobre todo, el ir a la plaza, aunque luego me tenga que saliri a media corrida. ¡Oh! Me gusta mucho, muchísimo, el ir a la plaza. ¡Siento verdadero deleite

yendo a los toros! Me gustan asimismo las carreras de caballos... En general, todos los espectáculos al aire libre.

Me despedí de la Xirgu, insigne actriz y encantadora mujer, y salí del teatro. La noche, placentera, deleitosa, invitaba con su apacible gesto a la meditación. Mientras me alejaba paulatinamente, Recoletos abajo, mi mente gozaba de la inefable dulzura que produce lo ideal. En aquella hora de sentimentalismo, hubiera deseado encontrar un prado que fuese como el de los versos de Gonzalo de Berceo en la introducción al *Libro de los Milagros de Nuestra Señora*:

«Verde e bien sençido, de flores bien poblado,
Logar cobdiciaduero pora omne cansado.»

Por misteriosa ilación de sucesos, un cierto amigo mío, algo maniático de suyo, vino en aquel momento a perturbar la serenidad de mis pensamientos con la insania de su tristísima y acostumbrada manía...

—¡Hola, querido Luis! Hace mucho tiempo

que no he visto a mi novia... ¡Qué ojos los suyos!... ¡Y ayer pasé la noche en el camposanto, sobre la losa de un sepulcro, rodeado de fuegos fátuos que danzaban a mi alrededor como si se mofasen de mi medrosa tranquilidad!...



INDICE

Precio: **3,50** pesetas

ACABOSE

DE IMPRIMIR ESTE LIBRO

EN MADRID

POR LA IMPRENTA ESPAÑOLA

EN EL MES DE FEBRERO

DEL AÑO

MCMXVIII



